

# La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 22 DE NOVIEMBRE DE 1915

NÚM. 1.769

TETUÁN. - AUTORIDADES MORAS



El gran visir Mohámed Ben Azuz, presidente del Consejo de Ministros, que posee extraordinaria cultura y en todos los actos oficiales permanece al lado del Jalifa. (De fotografía de Lázaro.)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Marta*, por A. Escamilla Rodríguez. — *Coronación del emperador del Japón*. — *La guerra europea*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *¿Más fuerte que el amor?* (novela ilustrada; conclusión). — *Londres. Funerales celebrados en sufragio del alma de miss Edith Cavell*. — *De Marruecos*. — *Madrid. Exposición Rosales*.

**Grabados.** — *El gran visir Mohámed Ben Azuz*. — Dibujo de Basté, ilustración al cuento *Marta*. — *El emperador del Japón Yosijito y la emperatriz Sadako*. — *La guerra europea* (nueve fotografías). — *Barcelona. Vistas de algunas de las principales salas del Museo de Arte y Arqueología*. — *Madrid. Exposición de obras del ilustre y malogrado pintor Eduardo Rosales*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *Londres. Solemnas funerales celebrados en sufragio del alma de miss Edith Cavell*. — *S. A. I. el Jefe Muley-El-Mehdi*. — *Excelentísimo Sr. D. Francisco Gómez Jordana*. — *Hach Haméd Ben Mohámed Torres*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han hecho estos días los periódicos una campaña en pro del casticismo, no sólo en el lenguaje, sino en la indumentaria.

Se ha tronado contra los rótulos extranjeros, en tiendas de Madrid, y se ha preconizado la capa nacional, vulgo pañosa.

Por lo que hace a la capa, los pareceres están divididos. Hay quien encuentra que no preserva del frío, y sólo abriga la punta de la nariz, cuando va subido el embozo.

En cambio, bien puede asegurarse que hay en la capa algo de romanticismo español, y no en balde el actualmente homenajeado (fea palabra, para mi gusto) señor de Cervantes, encarnó el buen sentido y el equilibrio en un caballero que vestía gabán.

La capa es la compañera de las aventuras; la que ayuda a esconder el rostro y el cuerpo de los furtivos galanes, en las nocturnas escapatorias y andanzas; la que con gracia y donaire se ciñe al tronco de los buenos mozos, y la que mejor hace resaltar la elegancia de un frac y de una fina, blanca pechera, si la adoptan los muchachos de la buena sociedad, como *salida de baile*.

Habría, pues, que dar un voto favorable a la capa, desde el punto de vista artístico, y decretar hasta de real orden su uso, si estuviésemos en los tiempos en que oficialmente se disponía cómo era preciso vestirse. Hoy, ¡qué diantre!, cada cual estornuda cuando y como quiere...

Únicamente las influencias de la moda, tal vez, lograrán entronizar la capa, como se entronizó en París, en tiempos de Balzac, el *manteau a la Quiruga*. Prueba que la capa es prenda de carácter pintoresco, lo mucho que agrada a los extranjeros cuando vienen a Madrid.

No olvidaré nunca el efecto de risa que nos hizo, a mi pobre amiga Julia Osuna y a mí, encontrarnos en la calle al escritor portugués Ramalho Ortigao, rebozado en la pañosa más típica que he visto nunca, una pañosa de los barrios bajos, toda atrevida, más torera que Belmonte.

Venía Ramalho a Madrid con una misión de su gobierno, y en cuanto avistó la capital de las Españas, le faltó tiempo para comprarse la prenda. Verdad que un portugués apenas es un extranjero; un forastero, a lo sumo...

En cuanto al pleito del lenguaje, la introducción de voces extranjeras en nuestra habla, los rótulos en gringo, y otros abusos, desde luego estoy contra ellos, aunque los considero malos de desterrar.

Así como nosotros, cuando éramos vencedores, dejamos sembrados por todas partes los vocablos ibéricos, Europa, que hoy nos vence en adelante y en pujanza, nos inocula sus locuciones y denominaciones. No podemos eximirnos de decir, por fígón, *bar*; por fonda, *hotel*; por pastelillo, *petit chou*; por minuta, *menu*, y por bocadillo, *ordubre*...

Y si esto nos pasa con nombres de cosas que ya eran sobradamente conocidas entre nosotros, ¿qué será cuando se trate de las enteramente nuevas, para las cuales no existe vocablo castizo?

Claro es que, si no existe, hay que inventarlo... Sólo que no vale rectificar.

La gente se acostumbra en dos días a la palabreja de fuera, más o menos estropeada.

Ved, por ejemplo, lo que ocurre con la palabra *chauffeur*... Seguro que nadie dirá *mecánico*, lo cual es a todas luces castizo. De cien personas, noventa y nueve dirán *chófer*, así como lo escribo.

Reconozco que no son mecánicos, propiamente hablando, todos los *chauffeurs*.

Muchos pueden guiar, y no entienden la máquina, ni saben componer lo que en ella se descompone. Para casos tales propongo la palabra *conductor*. Conductor es el que conduce.

Apuesto a que *chófer* seguirán diciendo las nueve y media décimas partes de los españoles.

Desde luego que si Cervantes resucitara, se quedaría en ayunas de muchísimo de lo que escuchase.

Las palabras que en su tiempo no se conocían y hoy se usan, le sorprenderían, a pesar de que en el siglo XVII se empleaban italianismos, y hasta galicismos empleó él nada menos que en el propio *Quijote*.

No dejaría de tener que preguntar la significación de microbio, bicarbonato, radioactividad, toxinas, microscopio, anemia, neurosis, vesania, fobia, filia, aeronave, automóvil, bencina, carburo, diabetes, albuminuria, edema, tuberculosis, masaje, vegetarianismo, astenia, y bastantes más, a pesar de que tales vocablos se derivan del griego y del latín, y por consecuencia nadie tiene que decirles nada en cuanto a su alcurnia; y le sonarían peor otros también usualísimos, y directamente extranjeros, como *varietés*, *cordon bleu*, *paté foie gras*, *puré*, *tournedos*, *rally paper*, *golf*, *fox terrier*, *antiderapante*, *kiosco*, *corsé*, *fané*, *five o'clock*, *sandwichs*, *recital*, *suite*, *tennis*, *play*, *polo* (en el sentido de juego y de gorrillo que usan las señoras), *glasa*, *salsifis*, *haricóts*, *encas*, *chotis*, y cien mil que omito.

Y es que a las cosas designadas meramente con su nombre extranjero, más o menos desfigurado, parece como si se les encontrase un sabor particular, un retoque de distinción y (otro extranjerismo usual) de *alta vida*.

Un señor, habituado a pedir, a los postres, una copa de aguardiente blanco de su cosecha, fué un día amonestado por lo vulgar de tal costumbre, y entonces exclamó, en tono imperativo:

— ¡Que me traigan mi copa de *gin*!

*Gin* suena mejor que aguardiente; *porte claret*, es más chic que sangría; *paté de venaison*, se burla de sus congéneres, aquellos pasteles de los cuales decía Quevedo:

Pastel hubo que arañó  
al que lo estaba amasando,  
y carne que oyendo: ¡zape!  
saltó cubierta de caldo.

No cabe duda. No es lo mismo, no, señor, bata que *deshabillé*; zapatillas que *mules*; dije que *porte bonheur*; callos que *tripes*; Rivero que *Macon*; Rueda que *Sauterne*, y capón de Galicia que *pularda del Mans*...

El tufillo exótico de la palabreja mejora en tercio y quinto el artículo.

En los *restaurantes* — ¡otra que tal baila! — que son de los mayores corruptores del idioma, por cierto, se ha dado en llamar *mil hojas* (del francés, *mille-fouilles*) a la hojaldre; *bar*, a la merluza; *rosbif*, a la buena carne asada; y hasta en una fonda de las de más *tronío*, me sirvieron, por *abats de dindon*, el humilde conejo que en remotas edades daba nombre a España (*cunicularia*, como habréis visto en las Geografías).

A fuer de cocinera de afición que soy, he combatido todas esas adulteraciones innecesarias del idioma; rezar y comer, en castellano.

Lo peor es que ni aun es francés o inglés lo que substituye al habla de Cervantes (y de muchos maestros que con él la formaron y engrandecieron). No saben la mayor parte de los cocineros de fonda, y aun de casa grande, palabra de la lengua de Racine, y menudean desatinos que es un primor.

He asistido al reparto de premios a los alumnos y alumnas de taquigrafía, en la Sociedad Económica de amigos del país, benemérita y veterana institución que procede de los tiempos en que se inició en España un movimiento regenerador y progresivo con los primeros monarcas de la Casa de Borbón. Queda de aquel origen, en la Sociedad, un entusiasmo por la cultura y un deseo de hacer el bien que no en todas partes se observan, y una caballerosidad que les impulsa a interesarse por la mujer, a querer mejorar su suerte.

Así, en el reparto de premios, la atención se concentraba en las alumnas, y se les deseaba un porvenir, modesto, pero honrado y positivo, logrando, con su trabajo, combatir esa negra miseria que acecha a la mujer de la clase media española, tan resignada, tan laboriosa, como falta de maneras de ganarse el pan.

Era un plantel de muchachas entre doce y diecisiete años, bonitas casi todas, bien arregladas, con encanto natural, peinadas no sin cierta inocente coquetería, sonrientes, que recibían el diploma con gratitud.

Aquel diploma podía, tal vez, ser el primer paso de una carrera digna, acaso el medio de dar a la madre enferma cuidados y medicamentos, a los hermanitos chiquitines una protección...

Mundos de sentimiento se esconden detrás de estos repartos de premios, en apariencia formulistas y sin trascendencia.

El director de Primera Enseñanza, elocuente, les habló de un modo eficaz, suscitando esperanzas. Mañana podrían hacer oposición a plazas de taquígrafas y mecanógrafas...

Yo, mientras tanto, pensaba en una idea que hace tiempo me acosa. La aspiración de la mujer a conquistarse un modo de vivir, a luchar por la subsistencia, tropieza, en la clase media, con un obstáculo: el modo de vivir tiene que ser, por lo menos, decoroso...

¡Ah! ¡El decoro! ¡Grillo a los pies, esposa a las manos! ¡Soga que se lleva al cuello, sin acertar a desatarla!

Una señora, una señorita, no pueden ponerse a hacer esto, aquello ni lo otro; el decoro se lo impide. Sería inútil protestar de que el decoro sólo debiera impedir las acciones vergonzosas, malas en sí.

Cada vez que veo una familia sin grandes recursos y muy numerosa, se me ocurre que las muchachas, dotadas de inteligencia y con voluntad, podrían (a pesar de las restricciones que las leyes imponen a la actividad de la mujer, vedándole tantos puestos injustamente) obtener colocaciones útiles y fructuosas, a no existir la cortapisa del decoro. El decoro es como aquella cadencia que obligaba a las vírgenes fenicias a caminar lentamente, a no avanzar el paso...

¡Si no fuese por el decoro!

Ved los anuncios del *ABC*: «Una señora desea dirigir una casa como ama de llaves.» «Una señora o señorita se ofrece a acompañar... a viajar con otras señoritas.» El caso es que en la petición de trabajo se salve el decoro. Pues bien, yo quisiera leer este anuncio: «Una señorita se ofrece para cocinera; sabe muy bien su obligación.» El sueldo de una buena cocinera es elevado; donde les ponen pinche, hasta la labor no resulta excesiva. ¿Por qué ha de ser más decoroso sacar de la despensa los garbanzos, que arrimarlos a la lumbre?

Otro oficio remunerador, es el de jardineras y hortelanas. Si no me equivoco, en Inglaterra, en los jardines de la Reina Victoria, el trabajo lo hacían mujeres. No diré que destripen terrones, aunque, en mi país, las mujeres lo hacen con sumo garbo; pero la cultura de jardín y huerta es generalmente delicada, entre las manuales. El cuidado de los invernaderos hasta puede calificarse de filigrana. Reproducir las plantas escogidas, desgajando esquejes, o sembrando semillas menudas; preparar el terreno, haciéndolo blando y jugoso; regar las flores; colocarlas en platabandas y arriates; arrancar y escardar las malas yerbas; disponer las plantas al trasplantarlas, situándolas con simetría e inteligencia, para que no se dañen las unas a las otras; podar los árboles y arbustos, sujetar las enredaderas, tutorar las hortalizas, suprimirles follaje para que maduren, recoger simiente — todo ello no es superior al poder de un brazo femenino —. Lo mismo que hacen bordaditos que les estropean los ojos, podrían hacer el lindo trabajo de la mosaicultura, combinando flores con follajes, y dibujando en el suelo las grecas de púrpura del *achirantes werschafeltia brillantissima*, o los reales azules de la lobelia...

¡Y cuánta salud, en esta profesión, que llena los pulmones de aire puro, que fortifica los músculos, que tonifica todo el organismo de la mujer!

Por eso lamento que el decoro de las señoritas sin fortuna les vede esta ocupación y otras, si no tan bellas no menos útiles. Respeto, naturalmente, todas las preocupaciones que no comparto; pero me gustaría que así como Bernardino Machado, el ilustre presidente de la República portuguesa, al preguntarle a qué iba a dedicar a un hijo suyo, me contestó que a agricultor; los padres de muchachas, honestas y sin probabilidades de colocación, por el concilio de Trento, respondan algo por este estilo:

— ¿Juanita? A cocinera. ¿Soledad? A confitera. ¿Paquita? A hortelana. ¿Conchita? A peinadora. ¿Ursula? A primera doncella, para lo cual está aprendiendo a planchar y limpiar encajes y joyas, a peinar muy bien, a saber cómo se cuelgan los trajes, y se preservan las pieles, a reformar algún sombrero, y a todo lo que concierne al tocador y vestimenta de una gran señora...

No espero nunca oír tales frases, porque el decoro... ¿Se hace usted cargo?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



Antes de que yo pudiese darme cuenta...

## MARTA

POR A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ

dibujo de José Basté

Un poco más arriba o más abajo, todas las mañanas nos encontrábamos casi por el mismo sitio. Su figurita alta, esbelta, grácil, avanzaba hacia mí con la medrosa precaución de un pájaro dispuesto a emprender el vuelo. Nos mirábamos fijamente, y uno y otro proseguíamos nuestro camino. Yo pensaba: «Esta cara ovoidal, nacarina, orlada por rizados del color del ámbar, la conozco.» Ella jugaba con una sonrisa a flor de sus labios algo pálidos, como amapola besada por un sol ardiente y... nada más.

Esto ocurrió seis u ocho días. Nuestras miradas saludábanse con afecto hasta que la joven, más decidida que yo, me detuvo con la pregunta:

- ¿Tú eres Antonio?..
- Sí, pero...
- ¿No me recuerdas?
- Perdona; mas... no...
- Soy Marta...
- ¡Es verdad! ¡Caramba..., caramba! Bien decía yo: «La conozco. Sí, sí; la conozco...» Hija, ¿cómo estás?
- Según tú, desfigurada.
- No; más bonita que nunca. ¡Han pasado tantos años sin vernos!

Debo advertir a ustedes que Marta y yo crecimos juntos. Ignoro si nació enfrente de mi casa, pero sí sé que desde muy niños jugábamos ella en mi casa o yo en la suya, compartiendo los muñecos y las go-

losinas que nuestros padres nos regalaban. Su tipo rubio contrastaba con el mío moreno, aunque los caracteres simpatizaban mucho, quizás porque en el de Marta había la frialdad que el mío necesitaba para su buen temple. No nos dejamos de tratar durante nuestra adolescencia. En los paseos, nos buscábamos; en los bailes, también, arraigando en nuestros corazones, vírgenes para el amor, una amistad sincerísima.

Cierta noche, en un intervalo de rigodón a rigodón, allá en el casino de provincia, me dijo balbuciente, cohibida, ruborosa:

- ¿Sabes que Javier me pretende?
  - No es mal muchacho. Debes aceptarlo, le contesté.
- Marta me miró con fijeza que yo no supe interpretar, y a los pocos días la vi en su ventana con Javier.

Sentí gran molestia, sin saber a qué atribuirla, porque yo quería a Marta fraternalmente, nada más. A pesar de ello, Javier, que siempre fué un simpático camarada, acabó por serme odioso y, sin explicar a nadie el motivo ni comprenderlo yo, me torné huraño, taciturno, y dejé de ir a casa de Marta.

Pasaron dos, tres primaveras, sumamente generosas, espléndidas con mi amiga, que se hizo una mujer bella, delicada, espiritual. Seguimos encontrándonos en los sitios públicos. Ella, siempre con el novio, me miraba interrogante; yo debía mirarla serio, algo amenazador. Un día supe, produciéndome íntimo gozo la noticia, que Marta y Javier habían regañado. Yo hacía mi carrera en la Universidad y en los ratos que me dejaban libre mis estudios, galanteaba a una chica morena, de cabellos negros y ensortijados, ojos como el azabache y labios de terciopelo grana, cual estuche entreabierto que mostraba un doble hilo de irisadas perlas. Los estudios y mi pretendida morena fueron poco a poco abandonados, al tiempo que menudeaban mis visitas a Marta. Tampoco duró mucho mi asiduidad, porque las hermanas mayores de Marta, al formalizar sus noviazgos, se reían de nosotros y yo acabé por amoscarme. No pasamos las lindes de la amistad. Al menos ni ella ni yo pensamos una vez siquiera en que nos ligara otro afecto.

Terminada la carrera, yo abandoné el lugar en

que había nacido, buscando amplio horizonte a mis aspiraciones; me establecí, formalicé mi vida y nada supe en unos cuantos años de Marta y su familia.

Vuelve, lector, al diálogo que interrumpió esta ojeada retrospectiva.

- Pero dime, con franqueza, pasado lo pasado, ahora que en nuestros ojos empieza a marcarse la fatídica *pata de gallo*, ¿me juzgaste bonita alguna vez?

- ¡Ay, Marta! ¡Si volviera uno a aquellos tiempos!
- No hay que evadirse, ¿eh? ¿Fuí o no fuí bonita?
- Lo fuiste y lo eres.
- Entonces..
- Bueno, sí; sé lo que vas a decirme.
- ¡Ca! No lo sabes ni lo sabrás, por lo mismo que yo nunca supe nada de lo que tú pensabas en ciertos extremos.

- Es que...
- ¿Te casaste?, preguntó con extraordinaria viveza.
- Sí, ¿y tú?
- Yo, no. ¿Para qué?
- ¡Como que para qué! Eres deliciosa.

- No; lo que soy es muy franca. Ni quise incurrir en la vulgaridad de casarme, de encadenar mi vida sirviendo de refugio a pecadores, o de objeto de exhibición a un viejo ventrudo que me ofrecía su dinero a cambio de ese atroz sacrificio. ¿Verdad que nunca fuí vulgar?

- Hija, ¡qué disparate!, contesté sonriendo. ¿Y tus hermanas?

- Esas, sí; ésas se casaron. Beatriz está encerrada en un lugarón de la sierra, oliendo a humo y a lana y con seis hijos. ¡Una ganga! Enriqueta no tiene hijos, pero su marido padece del estómago y de un humor inaguantable. ¡Horrores, chico, nada más que horrores! ¡Casarse para eso! Cuando empezaron estas calamidades en mi casa, yo volé al extranjero. He estado en Viena, en Berlín, en París. En todos estos sitios se piensa de otro modo. Las gentes viven más a la moderna. Aquí estáis como ostras, pegados a la tradición y, si os fuera posible, continuarais en el régimen patriarcal. Una casita en un bosque, con su corral para las gallinas y el cerdo, el establo para la vaca, el redil para las ovejas y un enjambre de hijos, sucios y encuerines, arrastrándose por el suelo.

Los dos reímos estas alegres ocurrencias y Marta fué la primera en rectificarlas.

- ¡Qué loca soy!
- Eres graciosísima. Y, aunque te parezca imper

tinente la pregunta, ¿qué haces? ¿Con quién vives?

- Doy lecciones de idiomas y de piano y... vivo sola.

- ¿En dónde?

- No te importe ignorarlo. En mi casa no recibo a nadie.

- ¿Ni a mí?

- A ti... menos.

- ¡Gracias!

- No hay por qué dadas.

- ¿De modo que no podemos hablar detenida y reservadamente?

- Sí; pero en sitio público, donde todo el mundo nos vea.

- Perfectamente.

- ¿Quieres que demos un paseo en coche?

- Abierto.

- ¿Y que cenemos juntos?

- ¿En el salón de un restaurán? Cuando quieras.

- ¿Mañana?

- Mañana no puede ser; pasado mañana, sí.

- Trato hecho.

- Y firmado, dijo estrechándome la mano con la suya pequeña y enguantada. En esta plaza coincidiremos a las tres de la tarde.

Nos despedimos.

\* \* \*

¿Habrá necesidad de decirnos que estuve preocupado, torpe, en el despacho de mis asuntos hasta que llegó la hora de la cita? Marta no era ya la niña un poco fría, cohibida y ruborosa, de años atrás. No le mentí. Su cara era la misma, más bonita si cabe, pero su alma parecía otra y el carácter indudablemente era distinto. Ahora se me presentaba muy viva, resuelta, decidida, con su aire parisino, de *midinette*. Comentando mentalmente

nuestra entrevista en plena calle, surgía la incógnita psicológica que yo necesitaba despejar, y el corazón me latía con la fuerza de aquellas tardes que en el paseo provinciano la veía acompañada por Javier. ¿Qué sería del pobre muchacho? ¿Lo de cosas que podría contarme esta muñeca fina, de carita blanca, orlada por ambarinos rizos!

Casi quemándome el paladar, apuré a grandes sorbos la taza de café, después de la comida. Miraba con impaciencia el reloj pendiente de la pared frontera del comedor, y a las tres menos cuarto salí precipitadamente, tomando el primer tranvía que me dejó en la plaza.

Marta no tardó. La vi acercarse ligera, con su paño corto, menudo.

- ¡Hola, hola! ¡Qué exacta eres!

- ¡Ah, pues tú no te quedas atrás!

- Yo siempre lo fui. ¿No te acuerdas?

En aquel momento pasó un coche de alquiler. Hice seña al cochero y Marta se adelantó a ocupar su asiento, dejando ver en el estribo un pie finísimamente calzado con zapato de cabritilla y media de seda.

Yo me senté a su lado y el vehículo prosiguió su carrera, después de ordenar al auriga:

- ¡Al Retiro!

En la arboleda de aquel paraje, no muy frondosa todavía, revoloteaban piando los pajarillos, esos pajarillos *golfs* que pasan milagrosamente el invierno. Del parque zoológico partían fieros rugidos; rodaba nuestro coche sobre crujiente arena.

- Conque, cuéntame, Marta, cuéntame tu vida en todo ese tiempo, dije acariciando entre las mías su mano chiquitita, pulida y suave.

- Nada, hijo. Lo que imaginas. Aventura sobre aventura. En la capital de Austria fui *fraulein* de las hijas de un archiduque. Este señor - buen tipo, ¡eh! - se enamoró de mí como un loco. ¡No puedes figurarte! La seriedad con que me prodigaba sus galanteos, me hacía reír estrepitosamente. Era un melómano furibundo. La temporada de Bayreuth me lle-

vó a oír la música wagneriana en su *propio templo*. ¡Qué concurrencia! ¡Qué lujo! Pero también, ¡qué pesadez! Fuimos a Berlín y allí, al defraudar yo sus propósitos, me abandonó. En este capítulo hay un espacio en blanco. Escribe en él lo que se te antoje. Me perseguía la desgracia. En Berlín, se enamoró de mí un coronel prusiano, a cuya mujer serví como doncella, y tuve que huir de su furioso asedio...

- Como que estarías lindísima. Igual, igual que estás ahora.

Entonces nos cruzamos con un landó en que iban, con dos criadas, un niño moreno, vestido a la marinera, y dos niñas rubias como querubas. La menor, como de tres años, al verme levantó muy alegre sus manitas gordezuelas como capullos de rosa, y profirió con gracioso balbuceo una palabra. ¡Una palabra que oí y no quise oír!

- ¡Papá!

El auriga fustigó su caballo y a un trote molestísimo salimos del paseo.

Marta se puso triste, muy triste.

- ¿Qué te ocurre?, le pregunté.

- Nada..., nada...

- En algo piensas. Tu animación se ha extinguido de pronto.

- Pienso en esos niños del landó. ¡Nos han repriminado!

Me quedé frío. ¡Era tal la expresión de su respuesta!

- ¡Perdóname!

- ¡Ah!.. Dios nos advierte por boca de esos ángeles. Yo te hice una novela que nos alegró la tarde. Tú, mintiendo también, porque me dijiste que no tenías hijos, has escrito un drama, que se desenlaza cuando el día muere. Yo fui constante con el hombre a quien quise... Tú...

- ¡Marta!.. Ahora iremos al restaurán.

- No, no... De ninguna manera... Te equivocas... Tú te vas a tu casa en seguida y yo a la mía... No quiero interrumpir mi costumbre de cenar enteramente sola.

Antes de que yo pudiera darme cuenta, y sin atreverme a impedirle un movimiento, hizo parar al cochero, descendiendo del coche, y se perdió en la primera bocacalle.

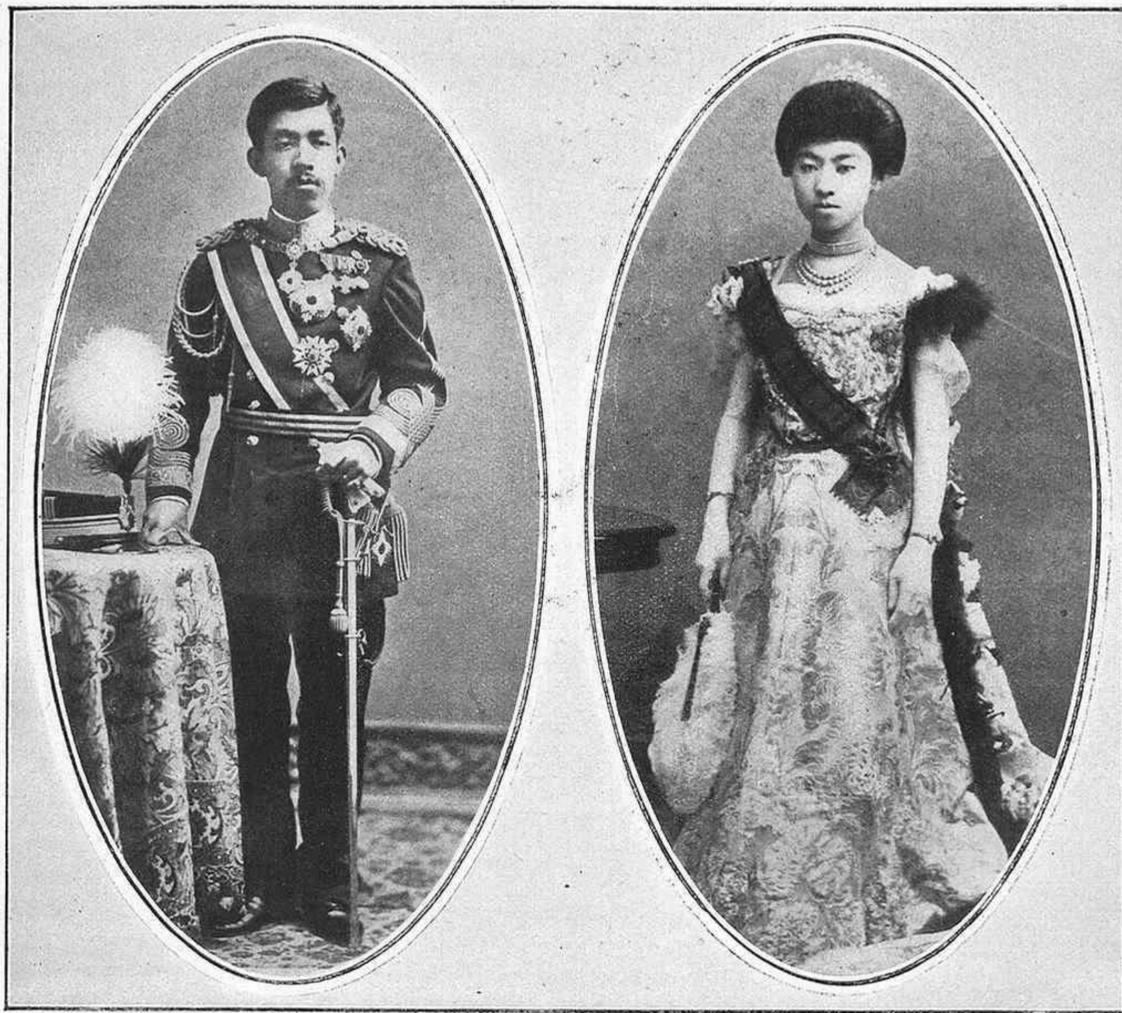
Huyó.

No he vuelto a saber de Marta.

La impresión que me dejó fué la primitiva, la buena, la inefable: la de aquella niña apocada, juiciosa, que me consultó sobre su noviazgo en el ya esfumado baile del casino de provincia.

¡Yo fui solo el acusado!

Y lo fui oportunamente, para evitar mayor mal.



El emperador del Japón Yosijito y la emperatriz Sadako

La coronación del emperador se ha efectuado con gran pompa el día 10 de los corrientes. (De fotografías de Parrondo.)

- No vayas también a enamorarme, que ya sabes, pongo pies en polvorosa. ¡Ja, ja!

- ¡Burlona!

- Y me marché a París, en donde yo fui la que caí enferma de ese pícaro mal. Me enamoré de un pintorcillo bohemio, un Marcello, de Mürger. ¡Calla, calla!.. ¡Una de disparates!

- ¿Pero te enamoraste de veras? ¿Como de aquel infeliz de Javier?

- ¿Qué Javier?

- ¿Has perdido acaso la memoria en tanto viaje?

- ¡Ya sé; sí! Yo nunca quise a Javier. Me pareció tonto.

- ¿Porque era bueno?

- No; por... otra cosa... Me dijiste que te habías casado. ¿Es joven tu mujer?

- ¡Pchist! Regular.

- ¿Y guapa?

- ¡Qué sé yo!

- También regular, ¿eh? ¿Tenéis hijos?

- ¡No!.. Cambiemos de tema. Hablemos de ti, coquetuela Marta, mi amiga de niño, mi siempre ideal Marta. Quedamos en que te enamoraste del pintor bohemio...

- ¡Qué cándido eres! Pero ¿te has creído esa novela? ¡Ja, ja, ja! Todo son invenciones, fantasías. En mi vida no ha habido ni archiduque austriaco, ni coronel prusiano, ni pintor parisino. No ha habido más que un hombre que la llenó toda con su recuerdo, que fué mi obsesión por dondequiera que iba.

- ¿Lo conozco yo?, pregunté.

Marta hizo una pausa, miró a los jardines de la glorieta a que daba la vuelta el coche y separó su mano de las mías.

Como un disco de fuego el sol hundíase en occidente; las fieras no rugían ya, mas en mi pecho saltaba otra fiera indomable.

- ¿Lo conozco yo?, insistí.

- ¡Quizás!

Volvió a abandonarme su mano pequeña, que trémulamente llevé a mis labios.

#### CORONACIÓN DEL EMPERADOR DEL JAPÓN

El día 10 de este mes efectuóse con gran pompa en Nazoya la ceremonia de la coronación del nuevo emperador del Japón Yosijito, quien tres días antes había salido de Tokio con un cortejo de 2.000 soldados y un coche tirado por seis caballos, habiendo la comitiva atravesado el Parque y las calles de la ciudad en donde se agolpaban 500.000 personas.

El Príncipe heredero y el Comité de la coronación acompañaban al Soberano en nueve carruajes, y en todo el camino que siguieron fué escoltado el Emperador por la muchedumbre.

La coronación se realizó con brillante ceremonial habiendo asistido a ella los altos dignatarios de la Corte, el gobierno, representaciones oficiales y el cuerpo diplomático.

El Emperador tomó posesión del trono de sus mayores y dirigió un manifiesto al pueblo y una comunicación a las potencias.

La ceremonia, que debió haberse efectuado hace diez y ocho meses pero que hubo de aplazarse a consecuencia de la muerte de la emperatriz madre, no ha revestido el esplendor de otras veces en atención a las especiales circunstancias por que atraviesa el mundo.

Durante toda la semana siguiente se han celebrado en el Japón los festejos tradicionales; en los días quinto y sexto de las fiestas se efectuó la ofrenda de los antepasados, consistente en granos de arroz plantados especialmente en primavera por vírgenes escogidas.

Tanto en Tokio como en las demás poblaciones del Imperio y en las diferentes legaciones y embajadas, se conmemoró la coronación del Soberano con vivas al Emperador dados a las tres y media de la tarde del día en que se celebró aquella ceremonia.

El actual Emperador del Japón nació en Tokio el 31 de agosto de 1879, contrajo matrimonio en dicha ciudad el 10 de mayo de 1900 con la princesa Sadako, hija del príncipe Kuyo Michitaka, y subió al trono el 30 de julio de 1912 al fallecer su padre el Emperador Mutsujito. Hijos de SS. MM. son el Príncipe heredero Hirojito, y los príncipes Yasujito y Nobujito, de catorce, trece y diez años respectivamente.

LA GUERRA EUROPEA  
NOTAS GRÁFICAS DE MONTENEGRO, LA NACIÓN ALIADA DE LOS SERVIOS

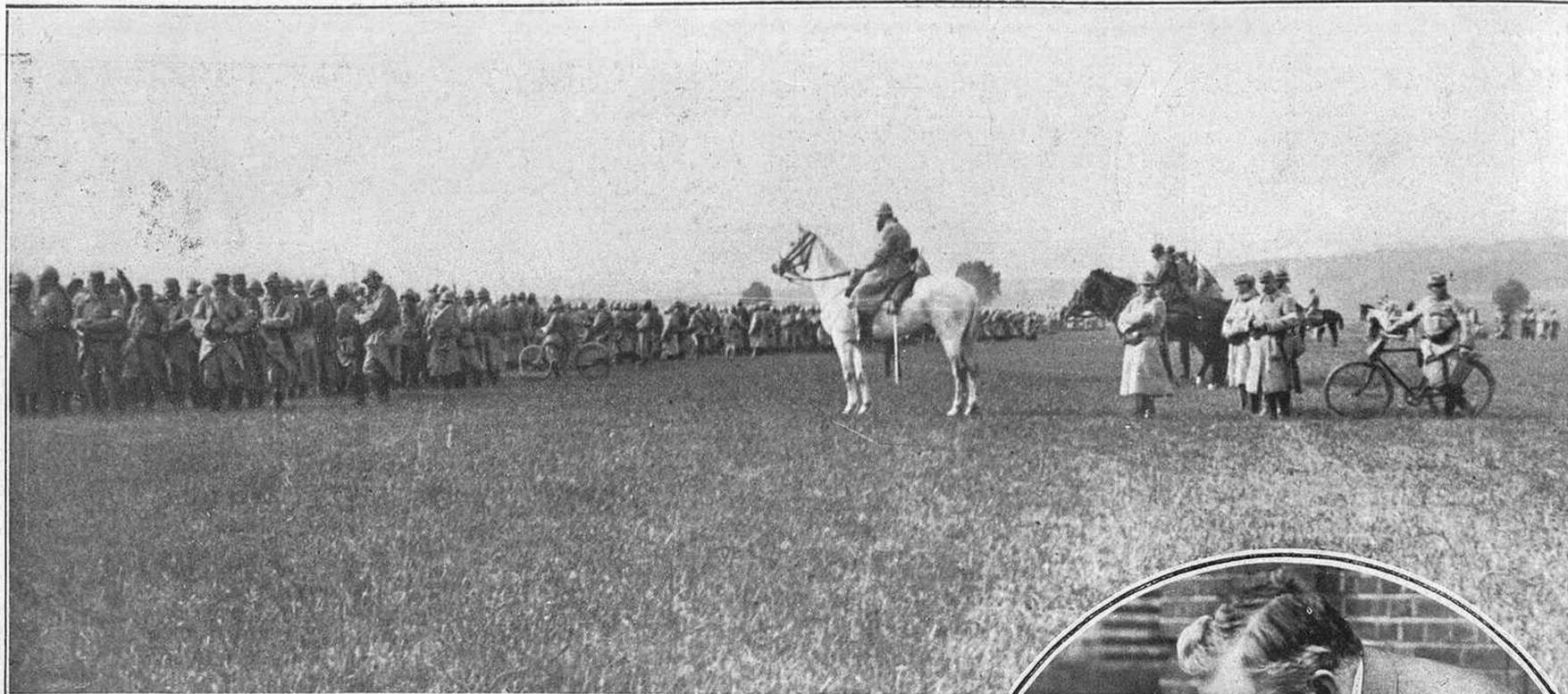


El rey Nicolás I Petrovich. — Soldados montenegrinos en las vertientes del monte Lovcen. — La reina Milena acompañando a un soldado herido. — Soldados dirigiéndose a la línea de combate. — El príncipe heredero Militza, actualmente agregado al Estado Mayor del generalísimo francés Joffre. (De fotografías.)

En medio de sus montañas poco menos que inviolables, los montenegrinos no han cesado de batirse desde que comenzó la presente conflagración europea.

No repuestos todavía de los daños y de las penalidades de la última guerra de los Estados balcánicos contra Turquía, guerra en que lucharon con valor indomable, los súbditos del rey Nicolás, apenas Austria Hungría declaró en julio de 1914 la guerra a Servia, acudieron en auxilio de sus aliados y con ellos han combatido contra el enemigo común.

Actualmente los ejércitos austriacos avanzan sobre las fronteras de Montenegro y se dice que poderosos ejércitos se preparan a invadir aquella nación. Difícil es predecir cuál será el resultado definitivo de tan desigual contienda; pero sí puede afirmarse desde luego que los montenegrinos se defenderán heroicamente y que los soldados del emperador Francisco José, en el caso de vencerlos, habrán de pagar cara su victoria, ya que luchan contra un país accidentado y cuyos habitantes están dispuestos a disputar palmo a palmo el suelo patrio.



En el Argona. — Revista de tropas que se dirigen a las trincheras. (De fotografía de M. Branger.)

#### LA GUERRA EUROPEA

*Teatro de la guerra de Occidente.* — La lucha de artillería, de minas, de granadas de mano, etc., ha sido general en todo el frente de Francia, habiendo revestido en algunos puntos especial intensidad. Fuera de esto, los partes oficiales apenas mencionan algunas acciones aisladas de importancia relativamente escasa. Los ingleses han rechazado algunos ataques en el extremo occidental de la línea de batalla; y los franceses han rechazado también ataques al Oeste del bosque de Givenchy y contra la loma de Tahure, así como un intento de los alemanes para ocupar las excavaciones producidas por la explosión de minas al Oeste de Peronne, y han expulsado al enemigo que había logrado penetrar en una trinchera de primera línea del Laberinto.

La mayor parte de los despachos oficiales alemanes correspondientes a la semana última se limitan a decir que no ocurría novedad; únicamente consignan que fracasaron los intentos de los franceses para recuperar el elemento de trinchera de Hilsenfirst y que han tomado una trinchera francesa de 300 metros al Noroeste de Ecurie.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Continúa la lucha activa en la región de Riga y Dwinsk y la del río Styr. En la primera, los rusos han ocupado la zona de Frankendarf y Passavern, en la orilla izquierda del Aa, avanzando algo hacia el Sur del lago Babit; la línea de Zalay a Olay y el pueblo de Dabe; varias filas de posiciones al Oeste del lago Demmen, la comarca que se extiende al Este de Kemmern, llegando hasta este punto, situado a 40 kilómetros al Oeste de Riga; el pueblo de Unenioki, cercano a Dwinsk, y una granja de la orilla izquierda del Duna, en la zona de Illuxt. En el Styr, se han apoderado de posiciones fortificadas en la comarca de Kolki y han roto el frente alemán entre esta última población y Budka, en donde el enemigo trataba de establecer con fuerzas con-

se han retirado sin ser molestados de la región de los bosques situada al Oeste y Sudoeste de Schlok y convertida por las lluvias en un pantano; que han rechazado ataques en la región de Smorgon y en la del Strypa y del Styr, especialmente al Oeste de Rafalowka y al Oeste y Noroeste de Czartorysk; que en Podgasia, al Noroeste de Czartorysk, han penetrado en las posiciones enemigas; y que han expulsado a los rusos de sus posiciones sobre la orilla occidental del Styr.

*Italianos y austriacos.* — En el Tirolo, los italianos han rechazado los ataques realizados por los austriacos para recuperar Col di Lana, así como los efectuados en el alto valle de Campelle y en el valle del Ledro; además, han tomado la cúspide del monte Sief; han conseguido franquear en varios puntos la cadena montañosa entre los picos de Sief y Setsass; han continuado las operaciones ofensivas para extender la posición de aquellas cimas conquistadas; y han ocupado la comarca de Marco, en el valle Lagarina. En la región del Isonzo, han rechazado ataques en la altura al Oeste de Gorizia y en Monte Calvario; han avanzado en el sector de Plava, en las alturas al Noroeste de Gorizia en la cuenca del Plezzo, y en el Carso se han apoderado de fuertes atrincheramientos, prosiguiendo su avance de trinchera en trinchera.

Los partes austriacos se limitan a decir que han rechazado todos los ataques de los italianos en distintos puntos del frente y muy singularmente los dirigidos contra



Soldado inglés que habiendo perdido el brazo derecho y la mano izquierda, aprende a escribir merced a un aparato fijado en el brazo izquierdo, bajo la dirección de Mr. Clark, que en el Hospital Roehampton House de Londres ha fundado una escuela para que puedan dedicarse a la profesión mercantil los inválidos de la guerra. Las enseñanzas de Mr. Clark son gratuitas y él mismo se encarga de buscar colocación a aquellos mutilados. (De fotografía de R. Parrondo.)

*En los Balcanes.* — Prosigue el avance de los austriacos, alemanes y búlgaros por el Oeste, el Norte y el Este respectivamente; pero a su vez avanzan por el Sur los aliados que han acudido en auxilio de los serbios. Los austriacos han progresado a ambos lados del valle del Moravina; han tomado posiciones al Norte de Kranje; han ocupado Ivanjica, rechazando al enemigo de sus posiciones en las alturas sobre la carretera de Ivanjica a Kraljevo; se han apoderado de las alturas de Okobistje y otras en la zona de Ivanjica; de las de Jastrevac, de las posiciones avanzadas serbias en el Lin inferior y de varias alturas en la región comprendida entre el Ibar y el valle del Morava; y en la frontera montenegrina han rechazado un violento ataque al Este de Trebinje. Los alemanes han tomado Krusevac y las alturas al Este de este pueblo; han asaltado las alturas de Gjunis, sobre la orilla izquierda del Morava meridional; han rechazado al enemigo de sus atrincheramientos de Brastenik; al Este de Kraljevo han avanzado a ambos lados del Ibar; han progresado en el valle del Rosina, al Sudeste de Krusevac; y han avanzado en la región montañosa. Los búlgaros han avanzado hasta Nestovac; han vadeado el Morava en varios puntos, progresando en todo el frente de este río; han rebasado Prilep, y han ocupado las poblaciones de Kariskrone, Iltovac, Pristina y Tetovo, si bien esta última volvió a caer en poder de los serbios.

Los serbios han recuperado, además de la población citada, los desfiladeros de Katschanik; han obligado al enemigo a replegarse en los valles de Pusta Reka, Koiva Reka, Lescovica y Binaka, y en unión de sus aliados han ocupado Ruyen Tchitchevo y la estación de Gradsko. Los montenegrinos han rechazado los ataques de los austriacos en los frentes de Herzegovina, a orillas del Drina y cerca de Grahovo. Los aliados han obtenido al Sur de Krivolac éxitos que salvan a Prilep y a Monastir de la invasión búlgara; han tomado Krisevica y Sirkow, a orillas del Cerna; han progresado al Norte de Rabrovo; han alcanzado algunas victorias en la región de Strumitza; y han establecido el contacto con los serbios que luchan en la región de Prilep.

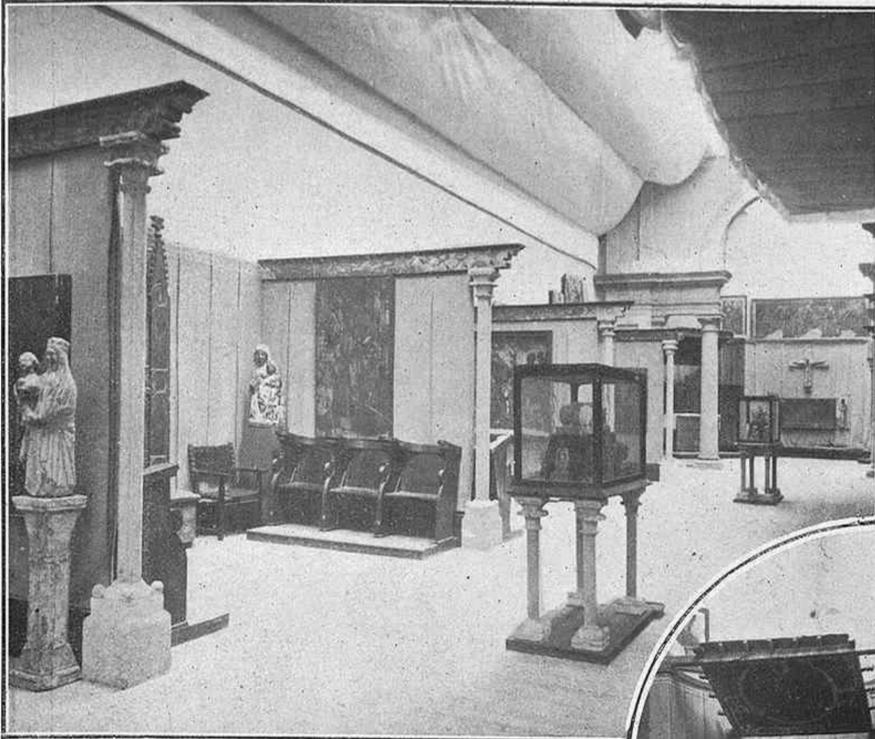
*La guerra naval.* — Según noticias de Atenas, dos contratorpederos ingleses han capturado un submarino alemán. El contratorpedero inglés *Louis* encalló en la bahía de Saros y se fué a pique en Seddul-Bahr. En el Mediterráneo ha sido cañoneado el transporte británico *Mercian*, que pudo, sin embargo, llegar a un puerto enemigo, llevando a bordo 23 muertos y 50 heridos, habiendo, además, desaparecido 50 hombres. Se han ido a pique el crucero alemán *Fraunshob* y el submarino inglés *E-20*.



Paso de la artillería alemana por la región pantanosa del Pripet, Rusia. (De fotografía de Hofer.)

siderables una base de apoyo de todas las operaciones al Sur de la Polisia y en dirección a Dubno y Rowno. Los austroalemanes dicen que han rechazado violentos ataques en las inmediaciones de Riga, Jacobstad y Dwinsk; que

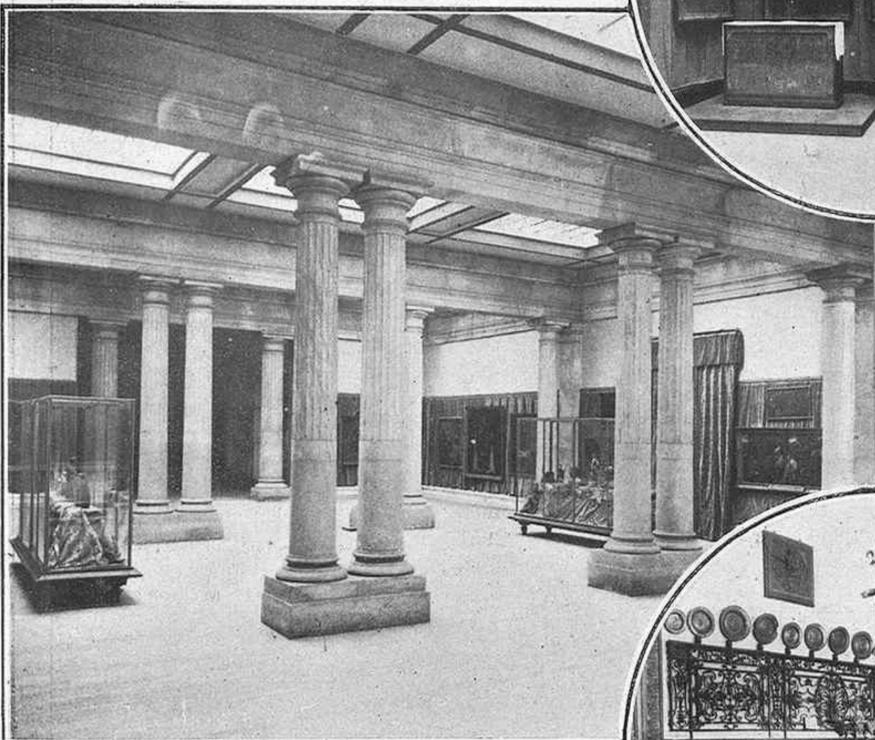
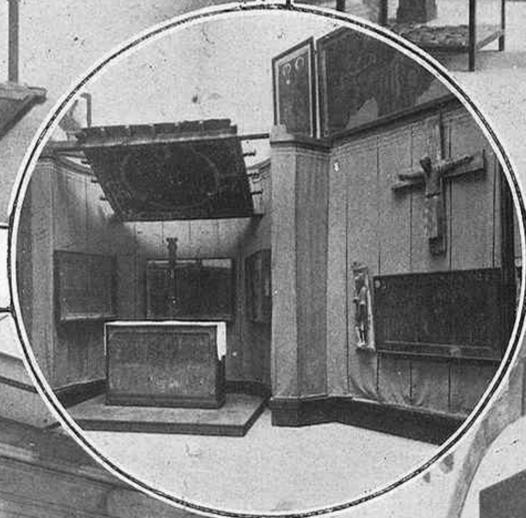
Col di Lana, Zagora, Plava, Gorizia, cabeza de puente de Tolmino y meseta de Doberdo, y añaden que si bien el enemigo logró tomar el pico de esta última montaña, inmediatamente fué desalojado de ella.



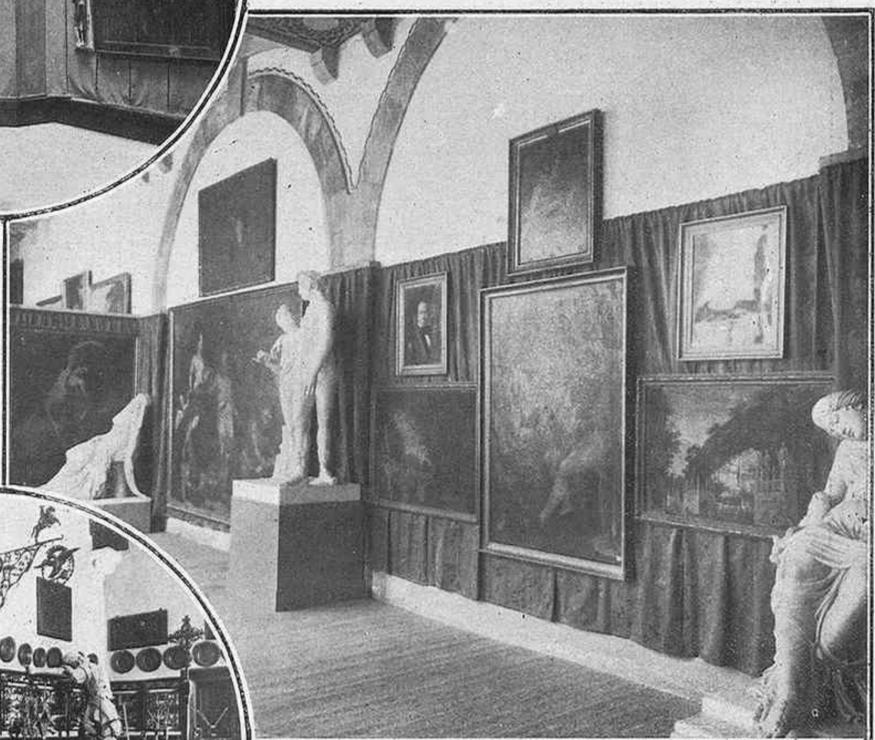
Pintura y escultura gótico-catalana  
Sección de pintura románica



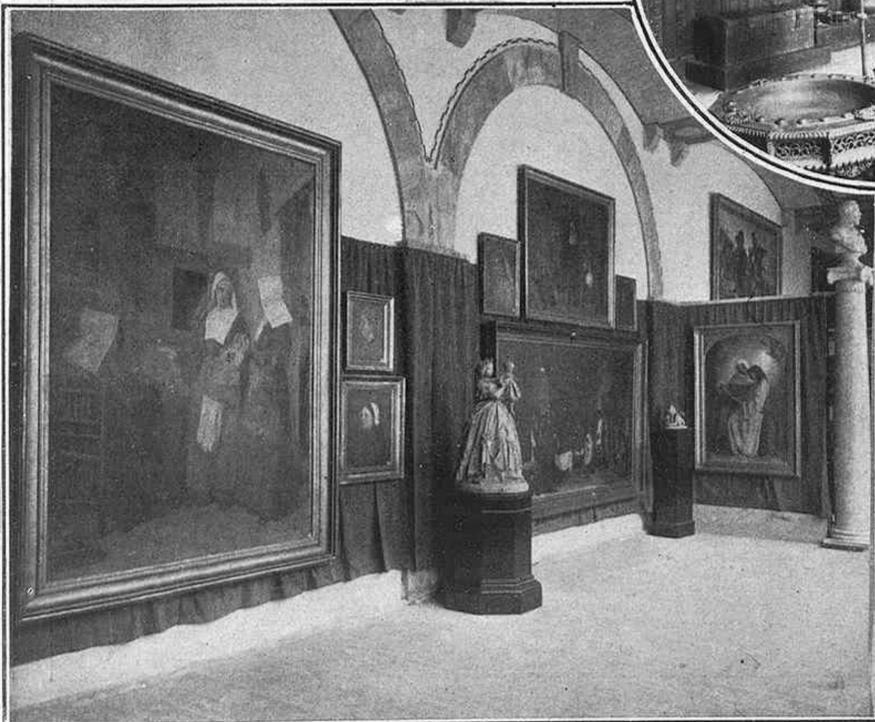
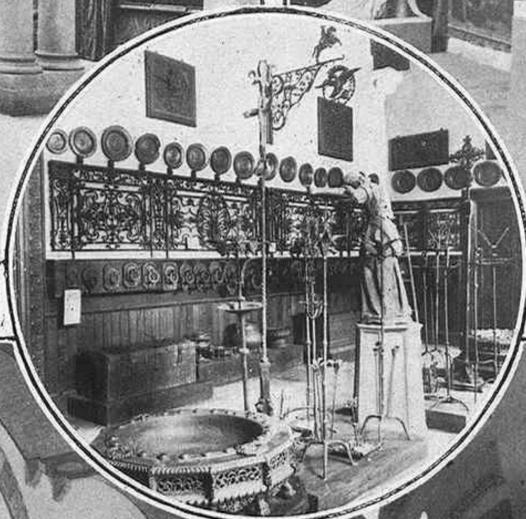
Sección de cerámica greco-romana



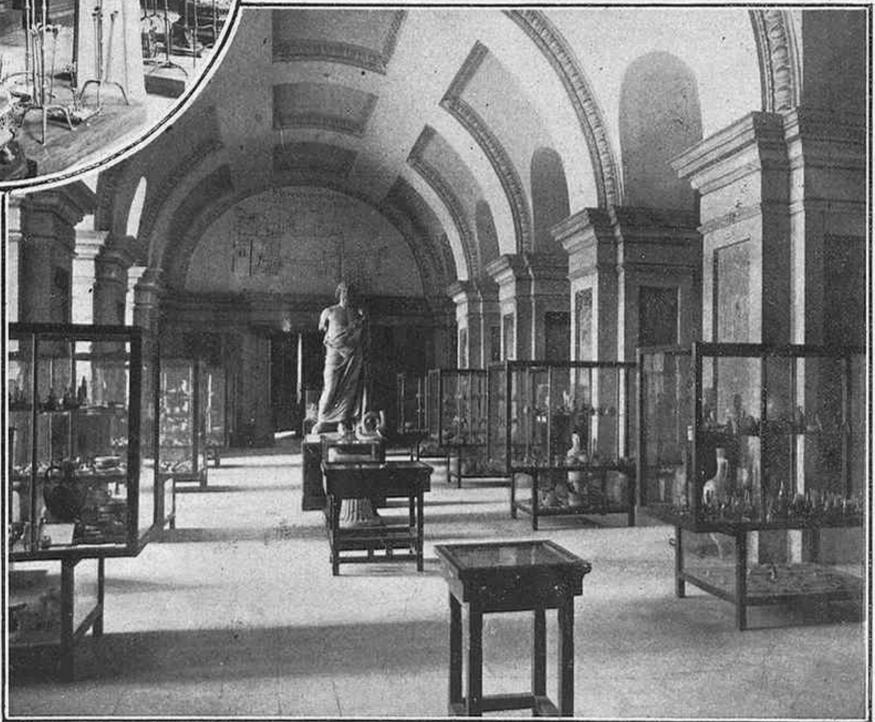
Pintura gótica; período de transición y renacimiento  
Siglo XVII



Pintura y escultura; último tercio del siglo XVIII  
Sección de metalisteria



Pintura y escultura catalanas. Primero y segundo tercio del siglo XIX

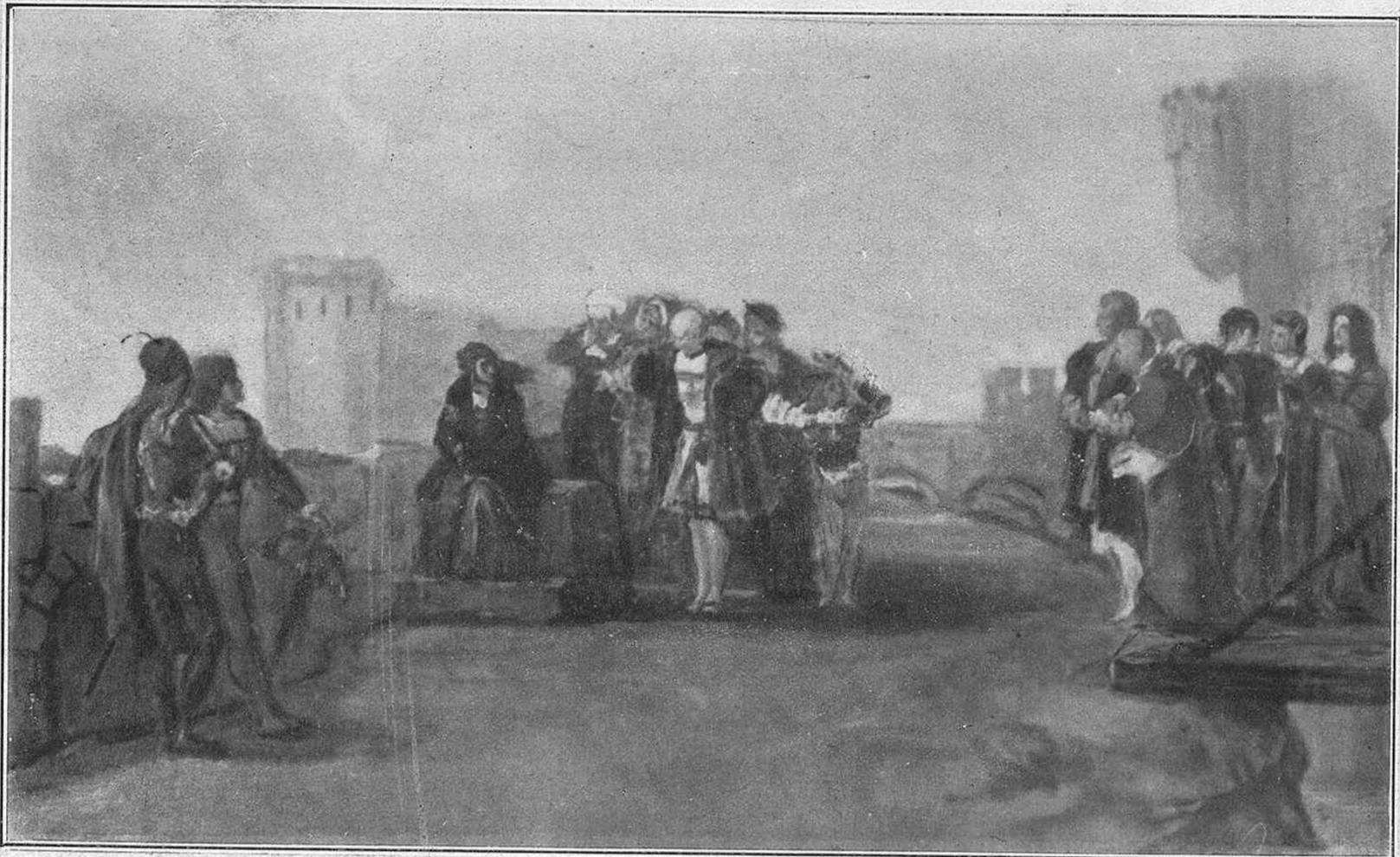


Excavaciones de Ampurias

Vistas de algunas de las principales salas del Museo. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Prisión de Doña Blanca de Navarra

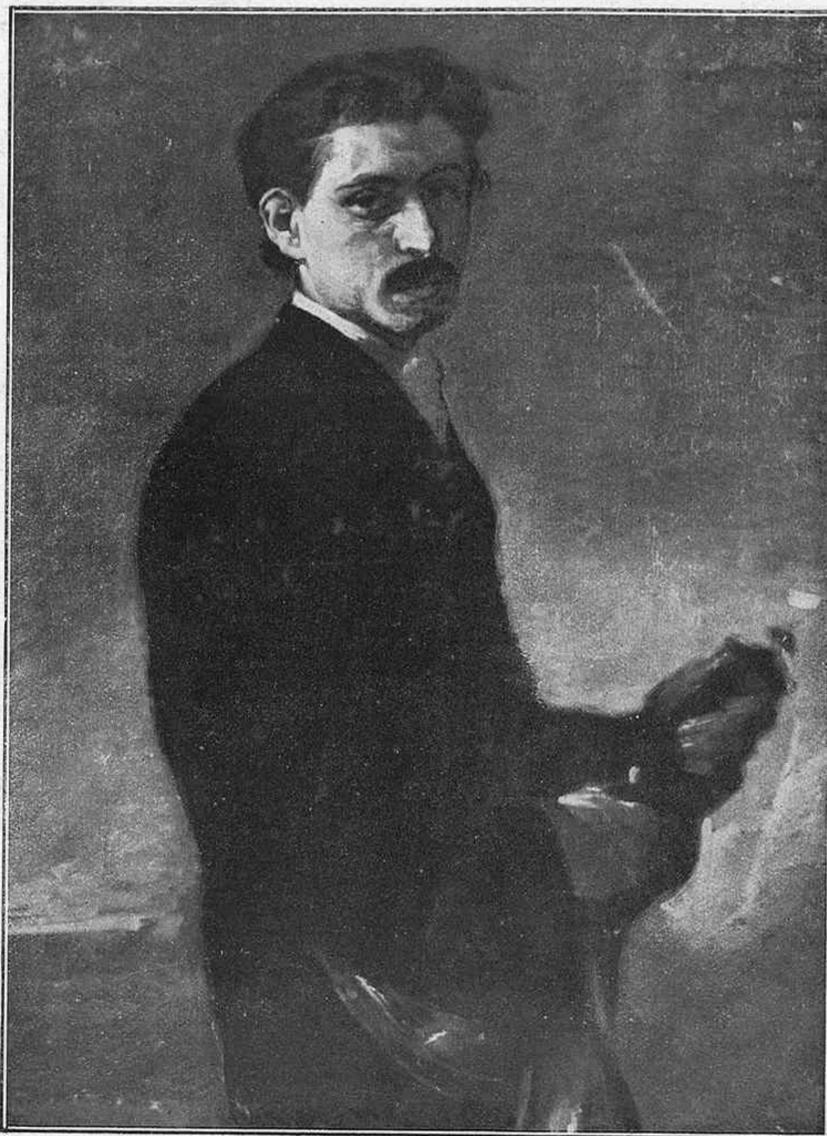


Presentación del Cardenal Mendoza a Doña Juana en Simancas

(De fotografías remitidas por nuestro reportero J. Vidal. — Véase página 789.)



Retrato de señorita



Retrato del violinista Sr. Pirelli



Retrato de señora desconocida



Retrato de señorita

(De fotografías remitidas por nuestro reportero J. Vidal. - Véase página 789.)

## MADRID. ACTUALIDADES TEATRALES

La dirección artística del Teatro Español ha tenido la feliz idea de reanudar la antigua costumbre de hacer ejecutar, a la terminación de la comedia que constituía el número principal del programa, algunas tonadillas, jácara, letrillas y otras composiciones de este género en el que alcanzaron gran celebridad las más famosas comediantas de pasados tiempos y que vale infinitamente más, bajo todos conceptos, que los insulsos o descocados *couplets* que desgraciadamente han venido a proscribir nuestra escena.



El maestro Vives, que ha puesto música a canciones epigramáticas de clásicos españoles, y la tiple Amalia Isaura, que las ha cantado con gran éxito en el Teatro Español.

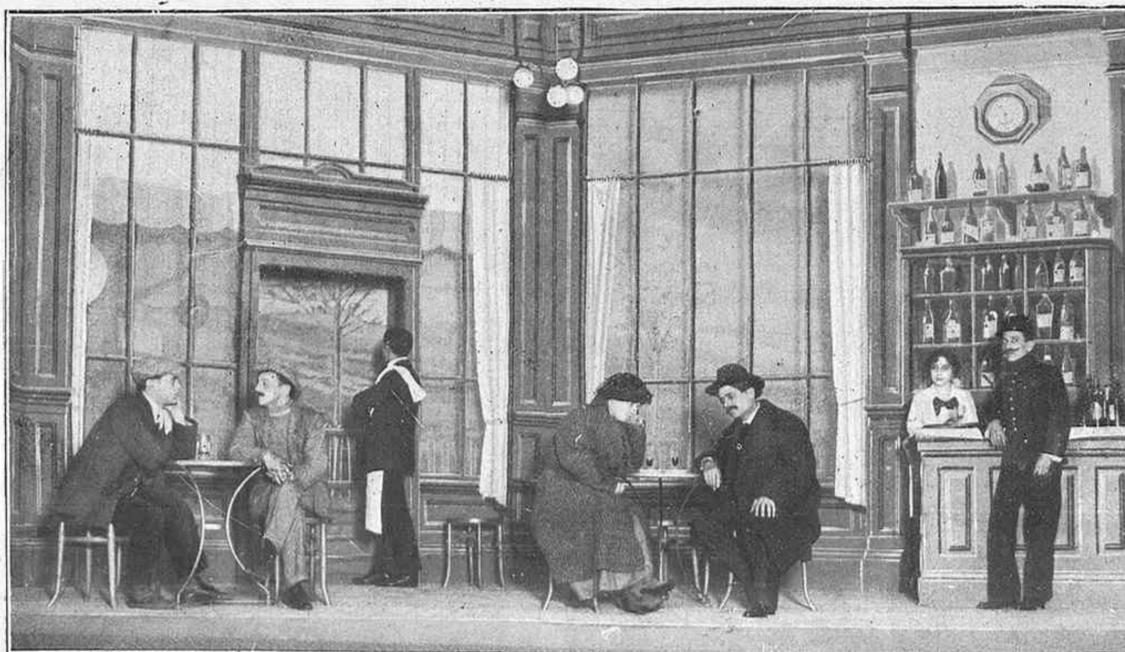
El maestro Vives, entusiasmado con tal idea ofreció desde luego su eficaz cooperación y seleccionando composiciones epigramáticas de nuestros clásicos, puso música a varias de ellas, como *No vayas, Gil, al sotillo*, de Góngora; *La molinera*, de Trillo Figuerola; *Madre, la mi madre*, de Cervantes y otras.

El celebrado y popular compositor ha dado a estas obras el verdadero carácter que han de tener; son sencillas, graciosas y picarescas, correspondiendo perfectamente a la intención del poeta y tienen un verdadero sabor de época, aunque están armonizadas con factura modernísima.

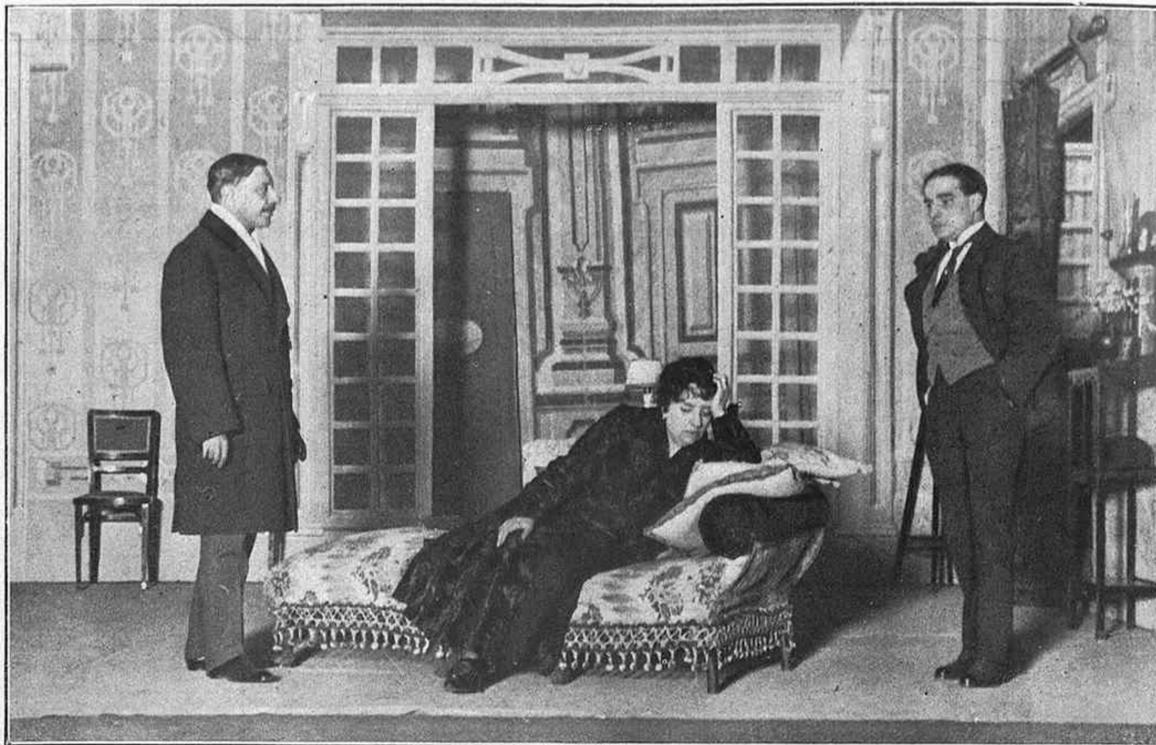
Admirable intérprete de estas canciones ha sido la conocida tiple Amalia Isaura, quien ha sabido comunicarles una expresión encantadora, cantándolas y diciéndolas con supremo arte, y completando su labor con una indumentaria tan lujosa como apropiada, para lo cual ha copiado los trajes de algunos de los más famosos cuadros de Velázquez.

Tanto la señorita Isaura como el maestro Vives obtienen todas las noches grandes ovaciones del numeroso público que acude al clásico coliseo matritense.

En el Teatro Infanta Isabel se ha estrenado el drama de Enrique Bataille *Poliche*, en el que, bajo un aspecto en cierto modo nuevo, se presenta una vez más el caso del hombre que detrás de una máscara de alegría disimula las amarguras de su corazón. Didier, un sentimental melancólico, se enamora de Rosina, muchacha de vida alegre, y para conquistarla cubre su fondo sentimental con las gracias forzadas del bufón, logran-



Una escena de *Poliche*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille traducida por González del Castillo y Daniel Poveda y estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel



Una escena de *Lulú*, comedia dramática en tres actos de Bertolazzi adaptada a la escena española por los Sres. Tedeschi y Lepina y estrenada con buen éxito en el Teatro de la Zarzuela

do su objeto gracias a esta estratagema. Rosina se cansa pronto de Didier y se prenda de otro hombre; mas al conocer por un amigo leal el sacrificio que aquél se ha impuesto para conseguir su amor, vuelve a otorgarle sus favores y se va a vivir sola con él en una quinta. No tarda, sin embargo, en hastiarse de aquella soledad y en su corazón renuévanse los recuerdos de aquel otro hombre a quien amó. Entonces Didier, comprendiendo que aquella mujer no puede ser feliz a su lado, no vacila en sacrificarse de nuevo, pero esta vez para proporcionar la dicha a Rosina, y él mismo la facilita los medios de reunirse con su afortunado amante.

*Poliche* es un modelo de la comedia moderna; tiene emoción, interés, sentimiento; la acción se desarrolla lógica y naturalmente hasta llegar al final que es hermoso y perfectamente justo; y los personajes que en la obra intervienen están trazados de mano maestra.

La figura de Didier, o *Poliche*, es profundamente conmovedora y ofrece rasgos de belleza y delicadeza grandes y tiene un excelente intérprete en Tallaví, quien ha sabido vencer con su talento y su arte las enormes dificultades de un papel en el que se entremezclan lo sentimental y lo grotesco, representando el personaje con verdad y emoción.

María Gámez interpreta también muy acertadamente el papel de Rosina y los demás actores contribuyen al buen efecto del conjunto.

González del Castillo y Daniel Poveda, al verter al castellano el bellissimo drama de Bataille, le han respetado en su integridad, sin desvirtuarlo con arreglos ni supresiones que muchas veces desnaturalizan la obra original.

En *Lulú*, comedia dramática de Bertolazzi estrenada también con éxito en el Teatro de la Zarzuela, se presenta un carácter de mujer depravada, cínica, ansiosa de placeres, que, a fuerza de engaños, logra que Carlos, un estudiante sin experiencia alguna, se case con ella. Ya casado, el infeliz comprende toda su desgracia y al verse traicionado por *Lulú*, arrebatado por la cólera, mata de un tiro a su infame esposa.

La obra de Bertolazzi pertenece al género naturalista, pero encierra una saludable enseñanza y tiene bellezas teatrales de verdadero mérito.

El personaje principal, *Lulú*, constituye un estudio magistral y acabadísimo, pues el autor ha sabido penetrar en las más profundas interioridades del carácter de la mujer viciosa en que se ha inspirado para trazar el tipo de su protagonista y



Una escena de *Patria*, drama en tres actos original de Luis Terán, estrenado con buen éxito en el Teatro Español

mostrar de una manera admirable los resortes y el mecanismo de una vida humana.

Las demás figuras que se mueven en torno de aquélla están dibujadas también con gran firmeza.

*Lulú* ha sido adaptada con mucho acierto por los Sres. Tedeschi y Lepina.

En la interpretación sobresale el Sr. García Ortega, quien desempeña su papel con una naturalidad, una intención y un gusto artístico propios de los grandes actores que no necesitan recurrir a los efectos para obtener los aplausos del público.

También están acertados en el desempeño de los suyos las señoras Nestosa y Sala y los señores Gatuellas, Calle y Alonso.

El culto y distinguido literato Luis de Terán, tan ventajosamente conocido en el mundo de las letras, plantea en su drama *Patria* el conflicto que se desarrolla en el corazón de una mujer casada con un militar extranjero el día en que la nación a que pertenece su marido entra en guerra con su propia patria.

Esa mujer, Irene, en un arrebato de celos entrega a su hermano prisionero ciertos planos cuyo conocimiento sirve para infligir una derrota al ejército al que estos planos pertenecían.

El suegro de Irene, general caduco pero fanático de patriotismo, la mata creyendo que el acto por ella realizado lo ha sido con el deliberado propósito de cometer una traición.

La obra del Sr. Terán, sin tener gran novedad en su fábula, está correctamente escrita y admirablemente dialogada, es intensa de emoción y tiene una noble y simpática exaltación, la del sentimiento patrio.

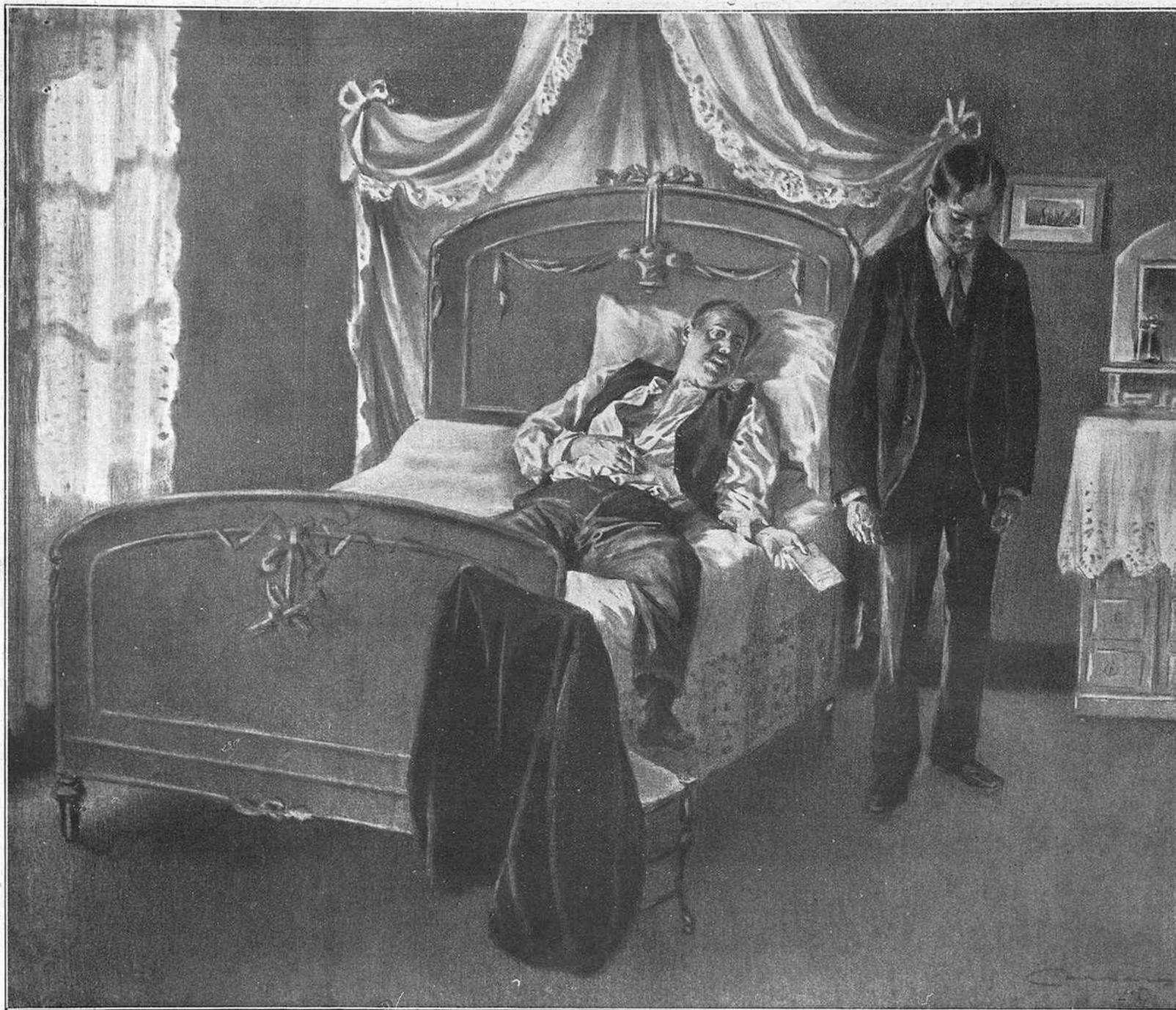
Carmen Cobefia da ternura y pasión a su papel, mostrándose la actriz sincera e inspirada de siempre; Ruiz Tatay interpreta con mucho arte el personaje del veterano general; la señorita Isaura, la señorita Jiménez y los señores Muñoz, Reig, Cobefia y González dan a sus papeles respectivos el debido relieve.

El público ha recibido con gran aplauso esta obra que ha sido muy bien puesta en escena.

(Fotografías de nuestro reportero T. Vidal.)

## ¿MAS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



Pero Inocencio permaneció con la vista baja, silencioso, rígido e inmóvil

Mientras duró el estrépito de esta noticia, aquel desgraciado fué mal recibido por Angélica; cuanto más se acaloraba en el lenguaje simbólico, más se reía ella; pero el *socio*, sin perder ánimo, no cometió la debilidad de huir como la otra vez, así es que Angélica tuvo ocasión de convencerse de que lo de la peluca era una calumnia.

Y un día la calumniadora Juana, después de haberse jactado de haber destruído para siempre las odiosas redes del famoso *socio*, se vió obligada a llorar de dolor echándose al cuello de su marido.

— ¿Qué ha pasado?, preguntó Inocencio.

Solamente esto: Juana había sorprendido una seña del *socio* traidor, el cual...

— ¿El cual?..

— El cual quizás había vencido, quizás había llegado a todo, o al menos, había adelantado mucho en pocos días. Él, primeramente, había dejado ver un papelito doblado; luego, con fingida distracción, lo había ocultado debajo del tapete; después se había marchado.

Juana había resuelto hablarle claro a su madrastra; pero su papá no se había movido de allí, y la había acompañado a ella hasta la escalera; y, mientras tanto, Angélica se había apoderado seguramente de la cartita.

— ¿Qué debo hacer ahora?

— Bajar en seguida a casa de Angélica, decirle lo del billete para que no vaya a caer en manos de la criada o del marido; es lo único que hay que hacer.

Serafín, a estas horas, ha vuelto al banco; ve en seguida; aquí te espero.

Juana bajó la cabeza; no conservaba ni sombra de la esperanza que leía en los ojos de su marido, o sea que la cartita había quedado debajo del tapete; pero bajó.

Angélica acogió a su hijastra con su acostumbrada amabilidad y apenas se enteró del descubrimiento hecho por ella, corrió al salón en busca del billete. Pero no encontró nada.

— Te engañaste, dijo tranquilamente, mientras Juana palidecía, herida en el corazón por la mentira.

— ¡Ah!, ¡qué pena me da!, murmuró la pobre, costándole trabajo mantenerse de pie delante de la indiferente.

— ¿Qué es lo que te da pena?

Era inútil insistir porque se veía claramente el propósito del engaño, y Juana volvió al lado de su marido para decirle llorando:

— Angélica ha resuelto la traición; yo no he sido buena para nada; sálvala tú.

Al decir estas palabras, aun brillaban los celos en sus ojos.

Inocencio bajó a casa de Angélica con el corazón turbado por muchos sentimientos diversos, entre los cuales vencía el miedo que hace a los héroes. Estaba resuelto a vencer a toda costa, aunque tuviese que dejar en la batalla toda su alma hecha jirones.

Apenas hubo entrado en casa de la antigua amada, a quien encontró vestida para salir, le dijo bruscamente, con voz en que vibraba una cuerda de piedad:

— Angélica, a mí me enseñarás ese billete; ¿no es verdad?

— ¿Qué billete?, murmuró Angélica con un hilo de voz, porque ya la mentira era vencida.

Inocencio no quiso oír otra pregunta; habiendo reunido todas sus fuerzas para mirar en los ojos a su antigua novia, prosiguió en voz baja:

— Hemos prometido respetarnos, porque nos hemos amado mucho, porque nos amamos todavía de un modo más generoso y más elevado; por esto te hablo así, y sé que no te ofendo. ¿Dónde está el billete?

— Lo he roto.

Era la verdad, e Inocencio lo comprendió en seguida.

— Pero lo leíste; ¿qué decía?

— Decía lo que se dice siempre a una mujer; me suplicaba que no dejase de ir al sermón de San Marcos.

— ¿Y te has vestido para ir?

Ella estuvo indecisa un momento como para interrogarse a sí misma a su vez.

— El tedio me mata..., dijo.

Y empezó a quitarse el sombrero y los guantes que echó sobre el canapé; después se quitó la mantelita y se sentó sin mirar nunca de frente a Inocencio.

Este parecía clavado delante de ella, y mientras se sentía con la fuerza de dominar a aquella mujer nerviosa hasta sugerirle la idea de que renunciase a todo amor, hasta enamorarla locamente, perderla y perderse él con ella, le quedaba el miedo instintivo de acercarse a ella.

Angélica le indicó en silencio que se sentara, y en silencio contestó él que prefería estar de pie.

Y empezó a preguntar:

— ¿Te gusta? ¿Le amas?

Angélica, encogiéndose de hombros, rechazó toda idea de aquel sentimiento, y repitió sencillamente:

— Me aburría.

¿Se aburría? ¡Ahora ya no se aburriría, porque el antiguo amor había vuelto!

Pero lo mejor de Inocencio a quien tenía delante se había quedado en el nido de la joven pareja.

Él sentía las palpitations del tímido corazón de aquella mujer que, adivinando el peligro, se esforzaba en hacerse digna de él.

Quiso él también ser digno de su felicidad y pronunció un nombre:

Serafin.

— Él te adora; a mí, a Juana, a todo el mundo no hace más que decir lo buena que eres...

— Lo sé.

— No, no lo sabes todo; no puedes saber cuánta nobleza de alma se oculta bajo esa corteza de negociante. ¡Si yo te dijese que el hombre que hoy tanto te ama, no sentía el mismo amor por ti antes de casarse, y que te hizo su esposa porque habiendo fracasado en su intento de arreglar... otro matrimonio, le parecía haber sido indirectamente la causa de la soledad que amenazaba tu vida!..

Angélica apretaba los labios y de vez en cuando se los mordía; cuando, después de muchas palabras, Inocencio calló con poca esperanza de haber encontrado el camino de la persuasión, ella dijo:

— Todas estas cosas... y otras... yo ya las sabía.

— ¿Y otras? ¿Cuáles?

Pero Angélica calló otra vez.

— ¿Es decir que todavía no amas a tu marido?

El silencio de Angélica parecía afirmar:

«Todavía no.»

— Le amarás más tarde; cuando le conozcas mejor; cuando en tu existencia hayan brotado otros sentimientos...; el cielo se apiadará de ti y te dará el consuelo de ser madre...

Y al decir estas elevadas palabras, la voz de Inocencio temblaba, y las lágrimas habían humedecido sus ojos.

El vaticinio no conmovió a Angélica, pero sí el voto; puso su mano derecha en la de él, y la retiró después de una breve pausa.

Inocencio no trató de retenerla.

— Me parece que ni siquiera amaría a mi hijo; por eso vale más que el cielo no me lo dé.

— Te juro por lo que hay de más sagrado en el mundo (quería pensar únicamente en su futuro hijo, y en su madre, pero se presentaron en su mente memorias de otros sueños, también sagrados), te juro que si el cielo escucha mi voto, tu felicidad será completa: tu hijo, prosiguió en voz baja, te enseñará no sólo a respetar a su padre, sino a quererlo mucho. Mientras tanto, hasta que el vaticinio se cumpla, prométeme esperar con resignación.

Angélica parecía pesar una por una todas las palabras de Inocencio; después se levantó.

— Prométeme tú también que no me abandonarás; si hubieses venido con más frecuencia a darme ánimo, lo hubiera tenido.

— Te lo prometo.

— Y yo también.

Después de un apretón de mano largo y tenaz, el héroe huyó corriendo, y bajó la escalera en vez de subirla; se detuvo en el zaguán y volvió a subir lentamente, buscando las palabras que diría a su Juana, sin explicarle toda la victoria ni la turbación del vencedor.

## XV

El *socio* famoso fué vencido otra vez; luchó con las corbatas, con los cuellos y los puños monumentales, con las botinas de charol y con los calcetines de seda; luchó con toda su estupidez; pero tuvo que retirarse vergonzosamente, después de haber soporotado la bafa de Juana.

La cual, con su buen propósito de aliada, se olvidaba a menudo de ponerse celosa, no sin sentir haber concedido a su esposo demasiadas visitas a Angélica.

Para defenderse a la desesperada contra el sentimiento que de día en día iba apoderándose de él, Inocencio nunca se dejaba descubrir por Angélica, y en presencia de su pobre enferma representaba la

comedia de la alegría, representación difícil, en que la necesidad le había hecho habilísimo.

Mientras tanto en la nueva familiaridad había logrado arrancar de los labios de Angélica la explicación de las palabras sibilinas proferidas un día por ella a propósito de Serafin Giunti.

El hombre *generoso* era para ella lo mismo que el *socio*, una ficción; quizás la verdad era lo que lo había dicho el Sr. Rampichini.

¿También a ella?

— Sí, también a ella.

Pero el maldiciente había obtenido de ello el resultado contrario a su esperanza, porque tras la visita del Sr. Rampichini, Angélica había concedido su mano a Serafin.

Más tarde, pensando mejor en aquella malignidad, después de interrogar sobre ella a su padre, después de sondear largamente el alma de su marido, se había dejado caer en la duda de que Rampichini quizás tenía razón.

¿Y entonces?

¡Ah!, entonces había sido inútil invocar al cielo para que le quitase del alma aquel infierno; la venganza le había hablado al oído.

¡Ay!, ¡pobre alma humana! ¿Qué venganza?

Inocencio lo adivinaba demasiado.

¡Ah!, ¡sí! Porque la venganza es un castigo y el castigo una justicia; era pues natural que Angélica tuviese que decir a Inocencio:

«Mi marido ha sido el ladrón de nuestra felicidad. ¿Nos vengamos? ¿Quieres?»

En el primer aturdimiento de esta imaginación, el antiguo enamorado casi no sabía si aun se alegraría de la honradez del calumniado Serafin, o si había invadido su alma un deseo contrario.

Se interrogaba sin descubrir su propio pensamiento, poniendo en el interrogatorio toda su conciencia, interviendo, para combatir aquella imagen malsana, otro fantasma de justicia y de piedad: su pobre enferma de amor.

Entonces, con una lentitud que simulaba la calma, trataba de demostrar cuán diferente era el marido de Angélica de aquel hombre odioso que había hecho de él la calumnia de un Rampichini, y animándose a sí mismo, llegaba hasta el entusiasmo, hasta hablar con lágrimas en los ojos.

Y concluía siempre con estas palabras:

— Amale mucho, porque ese hombre es el más digno de amor que he conocido.

O porque se hubiese convencido de esta convicción, o porque la impulsara un poderoso sentimiento que necesitaba vencer a toda costa para la paz de todos, Angélica trató de amar a Serafin, y lo consiguió.

Bien considerado, aquel hombre tenía aún algunos atractivos respetados por la edad; sus cabellos grises eran copiosos y ensortijados; mientras que en la frente juvenil de Inocencio empezaba ya a manifestarse una arruga, a Serafin no le faltaba ni un diente, y los tenía blanquísimos; en su faz carnosa había, bien plantada, una nariz que en otros tiempos había debido ser irresistible, y aun hoy, comparada con las narices del *socio*, de Rampichini, del sedero y hasta con las de Inocencio, los vencía a todos.

No era, pues, feo Serafin Giunti, y cualquier mujer juiciosa hubiera podido contentarse con él.

Cuando Angélica hubo llegado a tal conclusión, le fué más fácil apreciar la extrema bondad, la indulgencia, la amabilidad, la sonrisa pronta y hasta la risa abundante de Serafin Giunti.

Esta cura sugerida por su antiguo novio, y emprendida por docilidad de enamorada, esta cura que había de conducirla de nuevo al amor de esposa, fué terminada por un dolor.

El padre de Angélica enfermó de pulmonía, y en pocos días expiró en brazos de su hija y de su yerno.

La pobre fué la más afligida y la más atenta de las enfermeras; y cuando era vencida por la fatiga, o por la vigilia, o por la pena de perder al hombre que más había querido en el mundo, encontraba siempre un ancho pecho en que apoyar su rostro dolorido y mirar con espantados ojos la desventura inesperada y la felicidad nueva que el cielo le estaba preparando.

En cambio, Inocencio, no creyendo que curasen en el cielo las horribles heridas que no manan sangre, no tenía siquiera el alivio de la oración antes de cerrar los ojos al sueño.

Pero al amanecer se encontraba a sí mismo todo entero, esto es piedad y justicia juntas, y sabía renovar cada día el viejo pacto con las mismas fuerzas; sin dirigirse a Dios para implorar ayuda, decía simplemente a su conciencia que estuviese siempre alerta.

Y en vez de aplicar remedio al gran dolor de su

antigua novia, estimuló todo lo posible su piedad, concediendo generosamente alguna alabanza póstuma al difunto, no encontrando mal que Angélica mandase decir cincuenta misas en sufragio del alma de aquel hombrecito astuto.

Y era tanta la satisfacción de Serafin Giunti por haber logrado sin gran fatiga adueñarse de su joven esposa, que por su parte encargó veinte misas más por aquella alma del purgatorio.

Y quiso saber a qué hora y en qué altar debían celebrarse sus misas, para estar pronto a añadir su propia devoción a la bondad del sacramento.

Llegó luego un gran día, hasta para Inocencio; su buena Juana le hizo padre de un varoncito.

La criatura azorada, que había venido al mundo llorando sin lágrimas, miraba ahora a su padre en los ojos, y le apretaba un dedo, como queriendo decirle:

«Eres fuerte, lo veo muy bien yo que soy tan débil; pero con la ayuda de mis caricias, te volverás más fuerte todavía.»

Entonces Inocencio no resistió más, y desafiando todo peligro, besó en la boca a su hijo; y la pálida mamáta murmuró desde su lecho:

— ¿Y a mí?

— A ti ciento.

## XVI

Y empezaron días agradables para Inocencio y para Serafin.

Fortalecido el uno por la criatura venida expresamente para confortarlo en el justo amor, y feliz el otro por la conquista de su esposa, tanto más feliz cuanto que se imaginaba haberse quedado solo en armas y no tener que dar las gracias a ningún aliado, hallábanse entrambos en las mejores condiciones para hacer bien su negocio, engordar y reir.

Pero tan sólo engordó Inocencio, y solamente rió más que antes Serafin, porque éste, pareciendo haber tomado en serio su misión de marido, iba acompañado de su mujer por todas las sendas del paraíso, entre las cuales se cuentan las comidas de vigilia y los ayunos.

Juana depuso todos sus celos cuando vio que su madrastra se había despegado enteramente de su antiguo novio para ser la verdadera esposa de Jesucristo y de su marido, aunque más de Jesucristo.

Lo contrario hubiera sido mejor.

Por esto la transformación de Angélica no era tal como Inocencio y Juana la deseaban. Hablando de ello a veces, ahora que podían hacerlo sin reticencias, manifestaban el temor de que la religión se convirtiese en ella en fanatismo, y entonces, ¡adiós felicidad conyugal!

— Ya sé lo que sería necesario, dijo un día Juana.

— También lo sé yo; se necesitaría un hijo; esta idea se me ha ocurrido otras veces y hace tiempo que se la manifesté a Angélica.

— ¿Cuándo?

— Cuando tú estabas celosa...

— ¡Ah!, sí, es verdad.

Era verdad que había tenido celos, y era también verdad que su hijito, Inocencio II, apenas venido al mundo, había hecho cosas prodigiosas para favorecer a sus padres.

Cierto es que los niños no son todos iguales e Inocencio II no podría tener nunca quien lo igualara; pero Juana admitía que el niño de Angélica, si se decidiese a nacer, también haría alguna cosa buena.

— Calcula; si fuese varón, sería mi hermano. Siempre he deseado tener uno. ¡E Inocencio II tendría un títo más joven que él!

Pero el hijo de Angélica no venía nunca; ni plegarias, ni novenas, ni baños de San Peregrino, San Homobono y otros puntos habían tenido eficacia suficiente para dotar de un vástago al matrimonio Giunti, que al fin se había resignado a no tener prole.

Porque Serafin, aunque nunca hablaba de esto con su yerno, y menos con su hija, por temor de ofender a dos generaciones con un deseo, experimentaba el afán de ser padre otra vez.

No se supo a quién debía atribuirse el milagro, pero lo cierto es que el milagro se cumplió al fin.

Apenas recibió la deliciosa noticia, Serafin interrumpió la alegría para entrar en la angustia de la duda; durante muchas semanas, aquel hombre acostumbrado a los contratiempos, no podía resistir al temor de que la cosa no fuese cierta, y la incertidumbre le mareaba.

Después se tranquilizó, y con su manía de pensar en alta voz, se volvió chiquillo a su vez, pidiendo a su yerno y a su hija los mismos consejos que él había sido el primero en dar a los padres del pequeño Inocencio.

Pero, ¡Dios mío!, ¡qué largo es el tiempo que prepara la felicidad!

Si la criatura esperada fuese niña llevaría el nombre del padre: Serafina; si fuese varón, el de la madre: Ángel. Nombres celestiales.

Pero ¿por qué es tan largo el tiempo cuando el deseo da la agonía?

Angélica, con una anticipada sonrisa de madre, procuraba que su marido tuviese paciencia, pero no podía conseguirlo, porque más de una vez dejó escapar, hablando con su esposa y con su hija, esta amenaza cruel:

«Veréis, veréis cómo el cielo está cansado de querirme.»

El pobre tuvo razón.

Un día, cuando ya se hallaba casi a las puertas de la felicidad, se cayó por la escalera al regresar a su casa.

El portero acudió al ruido.

— ¿Se ha hecho usted daño?, le preguntó.

Y, no recibiendo contestación, corrió a llamar al portero de la casa inmediata.

Entre los dos, sudando a mares, transportaron aquel cuerpo que la felicidad parecía haber engordado.

En presencia de aquella desgracia, parecióle a la pobre Angélica que le faltaban todas sus fuerzas; pero se mantuvo en pie y le quedó una palabra para preguntar:

— ¿Vive?

De los porteros, que no sabían si vivía mientras aun transportaban al amo de la casa a su lecho, uno quiso asegurarse aplicando el oído sobre el chaleco de Giunti, y contestó:

— Me parece que el corazón late todavía.

Pero después de haber tendido al buen señor en su cama, el mismo portero notó que se había equivocado respecto al corazón; lo que latía era el reloj en el bolsillo del chaleco; pero el amo parecía vivo...

— ¡Respira!, exclamó Angélica alzando los ojos para dar gracias al cielo.

Después, ya dócil y fuerte por el dolor experimentado a la muerte de su padre, mandó la camarera de arriba a llamar a Juana y al propio portero al banco, para que Inocencio viniese en seguida con un médico.

Después de lo cual dió las gracias al otro portero, dándole a entender que podía marcharse a sus ocupaciones.

Una vez sola, echó a llorar copiosamente sobre el ancho pecho de su marido.

Los sollozos fueron oídos por Serafín, quien sin abrir los ojos encontró una palabra:

«No.»

— ¡Oh!, ¡Dios misericordioso!, balbuceó la pobre mujer; no, ya no lloro, ¿ves?

Se enjugaba las lágrimas, cuando llegó Juana seguida de su chiquitín que nunca se separaba de la madre.

Apenas hubo entrado, cuando quisieron llorar los dos, pero Angélica se apresuró a decir:

— No es nada; habló ya; no quiere que lloremos, es necesario obedecer.

Pero el pequeño Inocencio, viendo a su abuelo en aquel estado, dió un grito.

— ¡Calla!, tu abuelo duerme, dijo Juana, y para que el niño creyese que era verdad, ambas se sonrieron.

Ya no lloraba. Angélica desató la corbata de su marido; Juana le quitó las botinas sin decir una palabra; después de consultarse con la mirada, pusieron otra almohada debajo de la cabeza del enfermo; después se miraron consternadas, pensando que había algo más que hacer y no recordando qué.

— Vinagre, sugirió la camarera trayendo un frasquito.

Pero Serafín consoló a las mujeres con otro:

«No.»

— Sí, es verdad, murmuró Angélica con voz que

la alegría hacía temblar; a Serafín no le gustan los olores fuertes.

Hacia un rato que estaban allí, sin hacer nada, esperando una señal, una palabra del enfermo, cuando vino Inocencio.

Al ruido de los pasos conocidos, Serafín levantó una mano que Angélica estrechó entre las suyas.

Después de un momento de incertidumbre, el enfermo abrió los ojos y encontrando los de su yerno que interrogaban espantados, quiso sonreírse; pero hizo una mueca extraña.



... su buena Juana le hizo padre de un varoncito

Entonces trató de expresar un pensamiento en alta voz, pero en vez de frases consoladoras, salieron de sus labios sonidos ininteligibles. Repitió la tentativa, y por último, cuando ya no le quedó duda de que no sabía servirse de la palabra, volvió a decir: *no*, para que nadie llorase, pero él mismo lloró en silencio.

Momentos después, indicó por señas que quería escribir, y escribió con lápiz en una hoja de papel:

«Quiero hacer una confesión.»

— El padre Clemente..., balbuceó Angélica.

— No.

Y en seguida escribió con dificultad:

«A Inocencio, a todos vosotros.»

Mientras el papel pasaba de mano en mano, el enfermo parecía interrogar con espanto los semblantes de cada cual.

E Inocencio contestó con voz firme:

— Eres nuestro padre; eres el esposo de Angélica; no tienes la obligación de confesar nada; y no te haría bien.

Pero el enfermo, persistiendo en su idea, escribió:

«Me hará gran bien; quiero ser perdonado por ti y por Angélica para morir en paz... yo soy...»

Inocencio le interrumpió quitándole el lápiz de la mano, y escribiendo rápidamente con mano trémula:

«Me lo dirás todo a mí, porque yo soy fuerte; pero tu mujer y tu hija no deben saber nada; tu deber es éste.»

Apenas estuvo seguro de que Serafín había leído y comprendido las palabras que él acababa de escribir, Inocencio se metió el papel en el bolsillo sin enseñarlo a las dos mujeres. En cambio dijo con acento frío, casi duro:

— Quiere que lo dejen un momento tranquilo.

Después de haber salido todos del cuarto del enfermo, Inocencio tranquilizó a las mujeres con pocas palabras más desenvueltas:

— Quiere hacer testamento, y hay que contentarlo; volveré en seguida.

— ¡Y el médico no viene!, decía Angélica; quizá haya alguna medicina buena para él, y no lo sabemos.

— Nuestro médico vendrá luego, después de la visita del hospital.

— ¿Te parece que hay peligro? Al principio la cosa me pareció muy grave; pero ahora, desde que ha abierto los ojos... su cara me parece la de siempre... ¿No te parece a ti lo mismo?

— Sí, me parece, contestaba Inocencio, haciendo un gran esfuerzo para conservar la serenidad.

Y añadió:

— Voy, porque me espera; os llamaré si es necesario.

Sus palabras eran broncas, pero tranquilas; podían hacer creer a las dos mujeres que en aquel hombre fuerte era inminente una batalla.

Entró en el cuarto del enfermo, que esperaba con el lápiz en la mano, con los ojos suplicantes fijos en la puerta por la cual debía entrar su yerno.

Inocencio, que estaba seguro de haber adivinado, pero que todavía esperaba engañarse, tomó en silencio el papel que Serafín le indicó con la mirada, y leyó:

«Perdona a tu suegro que está a punto de morir; porque él fué el ladrón de tu dinero; porque él encuentro la cantidad que tú habías perdido aquel maldito día en que empezaron las penas del infierno para mi alma.»

— No es verdad, contestó él con voz sorda; y porque Serafín se obstinaba en afirmar con la cabeza, repitió: no es verdad; no debe ser verdad.

«Es verdad, es verdad, es verdad, escribió el desdichado Giunti en otra hoja de papel; yo fuí el ladrón; y no sólo del dinero que no te pertenecía, sino

del amor de tu prometida, que ya era tuya y ahora es mi mujer, y está a punto de darme un hijo que yo no veré; considera el mal que te he hecho; y además, debes perdonarme porque eres tan bueno... porque...»

— No es verdad, interrumpió Inocencio, que había estado leyendo las palabras desatentadas; no puede ser verdad; si esa horrenda acusación que te haces fuese cierta, tu deber sería ocultarlo a tu mujer, a tu hija, a mí mismo, a todos los que te han querido. Pero tú deliras.

«No deliro; aquel día fatal, lo tengo siempre fijo en la mente: yo estaba en vísperas de la quiebra fraudulenta; había arreglado los libros para poder hacer un nuevo empréstito, después que mi socio me había rehusado una entrega de dinero; y la tentación de salvarme pudo más que mi deber; se trataba de mi honor y del porvenir de mi hija; no me pareció un robo, me pareció una providencia.»

Inocencio leía una por una aquellas palabras que caían como martillazos sobre su fe intacta, sobre su alma ingenua, capaces de demoler todo lo bello que en ella había: respeto, amor y hasta la misma piedad que aquel moribundo estaba mendigando.

Trató de repetir: *no es verdad*, pero Serafín continuó escribiendo:

«Cuando amenazabas atentar contra tu vida si no te restituían la cartera, despertó mi conciencia y fuí a darte la paz a costa de mi ruina, si otra cosa no era posible logré que aceptaras mis proposiciones y evité el deshonor de mi casa. Te acogí como hijo ¿verdad? Dilo tú mismo. ¿No has sido el hijo de mi remordimiento? Quise devolverte tu prometida, y no pudiendo conseguirlo, te di a mi hija. ¡Qué gran alegría fué para mí el adivinar vuestro amor que no comprendíais! ¿Y pues? ¿Y pues?»

Serafín Giunti, para implorar la piedad de su yerno, alzó los ojos lacrimosos hacia él, e interrumpió la fatigosa escritura; pero Inocencio permaneció con la vista baja, silencioso, rígido e inmóvil. El desgraciado enfermo balbuceó palabras ininteligibles, olvidando que la lengua no podía ya expresar su manía de ser perdonado.

«Ten piedad de mí, escribió todavía y déjame morir en paz; dime que me perdonas...»

— La piedad, respondió Inocencio, la piedad debió darte la fuerza de callar, de dejarnos vivir en la ignorancia. En vez de eso, querías revelárselo todo a tu hija y a tu mujer, para condenarlas también a recordar tu culpa.

«Piedad, piedad, pareció decir Serafín.»

— La tendré para todos, impidiéndote una miserable confesión.

Serafín Giunti escribió aún:

«El cielo quiere mi humillación.»

— No, el cielo no pide nada; es nuestro egoísmo que a veces parece hablar de arriba.

No había ninguna amenaza, ninguna ironía en estas palabras de Inocencio, sino una seriedad casi amorosa; que era inútil intentar conover.

El enfermo, después de haber leído atentamente en el ánimo de su yerno, pareció comprender toda la fuerza de aquella última contestación, y soltando el lápiz, abandonó la cabeza sobre la almohada.

Inocencio recogió las hojas de papel esparcidas sobre la cama y se las metió en el bolsillo.

Después de una breve pausa, dijo en voz baja:

— Si hubieses de morir, nadie sabrá nunca una palabra de cuanto has escrito; tu mujer y tus hijos bendecirán tu memoria. Sufiré yo solo, pero sabré callar. Sabe callar tú también; es tu último deber.

Serafín Giunti vió en estas últimas palabras una esperanza, e incorporándose penosamente, quiso aún combatir; el lápiz escribió todavía esta palabra: «Perdóname.»

— No, no te perdono.

«Perdóname, insistió el moribundo; te he dado a mi hija y una felicidad diferente de la que esperabas; te he puesto en condiciones de pagar tu deuda; te encuentras al frente de una buena casa y en mi testamento no he olvidado lo mucho que te debo.»

— Has hecho mal, porque ahora no puedo aceptar nada de ti.

Pasó por los contraídos labios del enfermo la horrible mueca de una sonrisa, antes de escribir:

«¿Conque me perdonas? ¿Me dejas morir en paz?»

— No, no, no.

Sacudida por la triple negativa, aquella cansada cabeza se inclinó por última vez sobre el pecho.

Inocencio hizo desaparecer toda huella de la confesión hecha y llamó a las dos mujeres que acudieron llorando; el médico, que llegó demasiado tarde, afirmó que la agonía había empezado.

Serafín Giunti abrió todavía otra vez los ojos, buscando algo, y volvió a cerrarlos para siempre.

Angélica cayó de rodillas gritando:

— ¡Dios santo, acógelo tú que eres bueno!

Inocencio, después de haber tendido el cuerpo muerto sobre el lecho, repitió:

— ¡Dios Santo, perdónalo tú, que eres bueno!

Estrechando contra su pecho la cabeza lacrimosa de Juana, miró largo rato con los ojos secos a la que le había parecido y aun le parecía la justicia.

Y entonces no pensó; pero más tarde y muchas veces le dolió haber lastimado, en aquel acto de justicia, su conciencia.

¿Quién sabe?

Más fuerte que la justicia es la piedad, porque es más humana, y la piedad también es amor.

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

## LONDRES. — SOLEMNES FUNERALES CELEBRADOS EN LA CATEDRAL DE SAN PABLO

EN SUFRAGIO DEL ALMA DE LA ENFERMERA MISS EDITH CAWELL, FUSILADA EN BRUSELAS POR LOS ALEMANES

El fusilamiento por los alemanes de la enfermera inglesa miss Edith Cawell que, como dijimos en el número 1.766, fué ejecutada en Bruselas por haber facilitado la evasión de algunos soldados franceses e ingleses, causó impresión hondísima en todas partes, pero muy sin-

La Reina madre, Alejandra, que siente especial cariño por la institución de las enfermeras, asistió personalmente a los funerales; el Rey Jorge V se hizo representar por Mr. Wallington, su camarero mayor y secretario particular de la Reina. Asistieron también el primer ministro



gularmente en la nación inglesa.

El Rey Jorge V y la Reina María, apenas conocido el hecho, enviaron a la madre de miss Cawell una sentida carta de pésame; y desde París telegrafiaronle también asociándose a su dolor y expresándole su admiración por la noble heroína que había dado su vida por su patria, el presidente del Consejo Municipal y el del Consejo General. Asimismo la comisión de asuntos exteriores de la Cámara de Diputados francesa votó por unanimidad un mensaje de pésame dirigido a la Cámara de los Comunes de Londres.

Por otra parte, se ha constituido en la capital inglesa un comité para honrar por medio de una obra duradera la memoria de miss Cawell, y seguramente no tardará en erigirse en aquella ciudad un monumento que perpetúe el recuerdo de la heroica enfermera.

En sufragio del alma de miss Cawell celebráronse el día 29 de octubre próximo pasado solemnes funerales en la catedral de San Pablo, de Londres. Cuatro horas antes de empezar la función religiosa, hallábase ya el templo enteramente lleno, habiendo sido en gran número las personas que no pudieron entrar en él y que formando inmensa muchedumbre se agrupaban alrededor de la basílica.



La Reina Alejandra entrando de la catedral después de la celebración de los funerales  
Grupo de enfermeras inglesas dirigiéndose a la catedral para asistir a los funerales. (Fots. remitidas por Trampus.)

escogidos y apresurar tu Reino; para que nosotros, con cuantos han partido de este mundo en la verdadera fe de tu Santo Nombre, tengamos nuestra completa perfección y seamos benditos, tanto en cuerpo como en alma, en tu sempiterna gloria por Jesucristo nuestro Señor.»

La memoria de miss Cawell es invocada también por los reclutadores ingleses que en los sitios públicos ostentan, para reforzar su propaganda, grandes retratos de la infortunada enfermera.

Mr. Asquith, acompañado de su esposa y de su hija, delegaciones de todas las congregaciones religiosas, incluso de las judías, el cuerpo diplomático, numerosas personalidades de las corporaciones oficiales, e innumerables enfermeras.

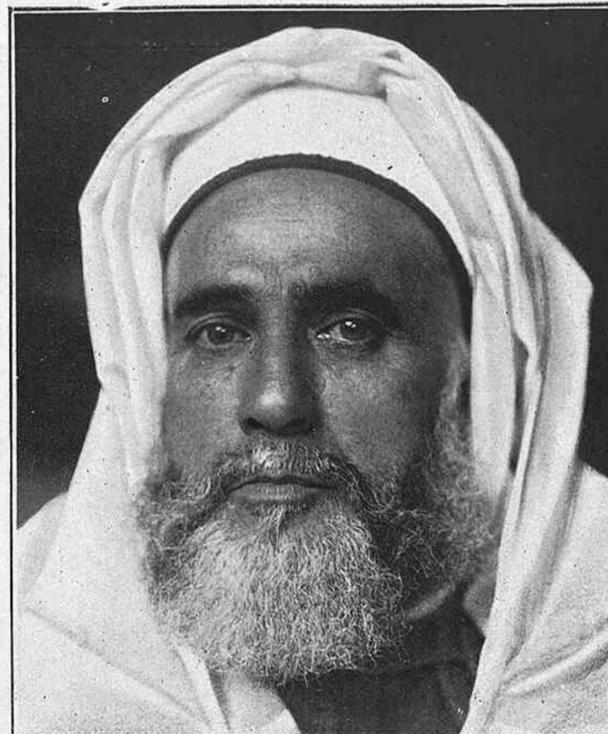
La ceremonia fué breve y emocionante y durante la misma, una orquesta ejecutó la *Marcha fúnebre* de Chopin, entonóse el himno «*Mora conmigo*» y se rezó la siguiente oración especialmente dedicada a miss Cawell: «¡Oh, Dios todopoderoso, con quien moran los espíritus de los que mueren en el Señor y con quien las almas de los fieles, libertadas del peso de la carne, se regocijan y son felices! Gracias te damos de todo corazón porque te has complacido en libertar a tu sierva Edith de las miserias de este mundo pecador, suplicándote que te plazca también, oh Graciosa Bondad, completar en breve el número de tus



S. A. I. el Jalifa Muley-El-Mehdi,  
representante del Sultán, de quien es próximo pariente



Excmo. Sr. D. F. Gómez Jordana,  
general en jefe y Alto Comisario de España en Marruecos  
(De fotografías de Lázaro.)



Hach Hámed Ben Mohámed Torres,  
gobernador de la población mora de Tetuán

DE MARRUECOS

El general Gómez Jordana, general en jefe y Alto Comisario de España en Marruecos, prosigue en el desempeño de tan elevado cargo la fructífera labor que tan bien comenzó en Melilla, como comandante general de aquella plaza. Con su talento militar, su constante trabajo y su entusiasmo por la patria, supo ensanchar la zona melillense, conquistando importantes posiciones más por la acción política que por la fuerza de las armas, y supo sobre todo, cuando fué preciso apelar a ésta, economizar la sangre de sus soldados, estudiando profundamente el plan de operaciones antes de realizarlas y escogiendo el momento oportuno para llevarlo a cabo.

Hace poco, gracias a sus acertadas medidas, secundadas por el comandante general de la plaza de Ceuta, han hecho acto de sumisión importantes cabilas del Biut, hasta ahora enemigas declaradas de España y cuyos adueros, por su especial situación, constituían un peligro para el tránsito entre Ceuta y Tetuán. A esta última ciudad acudieron numerosos jefes de aquellas cabilas y se presentaron al general Jordana, quien los felicitó por su conducta alentándoles a proseguir en sus trabajos de pacificación que redundarán en beneficio no sólo de España, sino también de toda la comarca del Biut.

Cuatro jefes contestaron por separado haciendo promesa de sumisión completa, no solamente ellos, sino, además, todos los que representaban y que sumaban más de un millar y afirmando que estaban decididos a sostener la tranquilidad incluso rechazando ellos mismos por medio de las armas cualquier intento que realizaran los enemigos de la paz.

Después aquellos jefes visitaron al gran visir Mohámed Ben Azuz y al Príncipe Jalifa Muley-El-Mehdi.

Más recientemente, en una visita de inspección que el general Jordana realizó a la zona de Ceuta, presentáronse en la posición de Federico otros jefes de cabilas seguidos de numerosos grupos de habitantes del Biut y de Benibesala para pedirle el *amán*; y en la posición de Dar Hilsfen, muchos habitantes de aquel territorio con su cheij y demás notables le cumplieron, mostrándose muy satisfechos y haciendo protestas de adhesión a nuestra causa.

A.Ehrmann.

El tiempo arranca a puñados el cabello a quien no usa el **PETRÓLEO GAL**

MADRID

EXPOSICIÓN ROSALES  
(Véanse las láminas de las páginas 782 y 783.)

En el Salón Iturriz se ha celebrado recientemente una exposición de obras del ilustre y malogrado pintor Eduardo Rosales, el famoso autor de *El testamento de Isabel la Católica*, ese hermoso lienzo que después de haber sido premiado con primera medalla de primera clase en la Exposición Nacional de Madrid de 1864 y adquirido por el gobierno para el Museo Nacional, obtuvo la medalla de primera clase en la Universal de París de 1867, y alcanzó fama mundial para el artista.

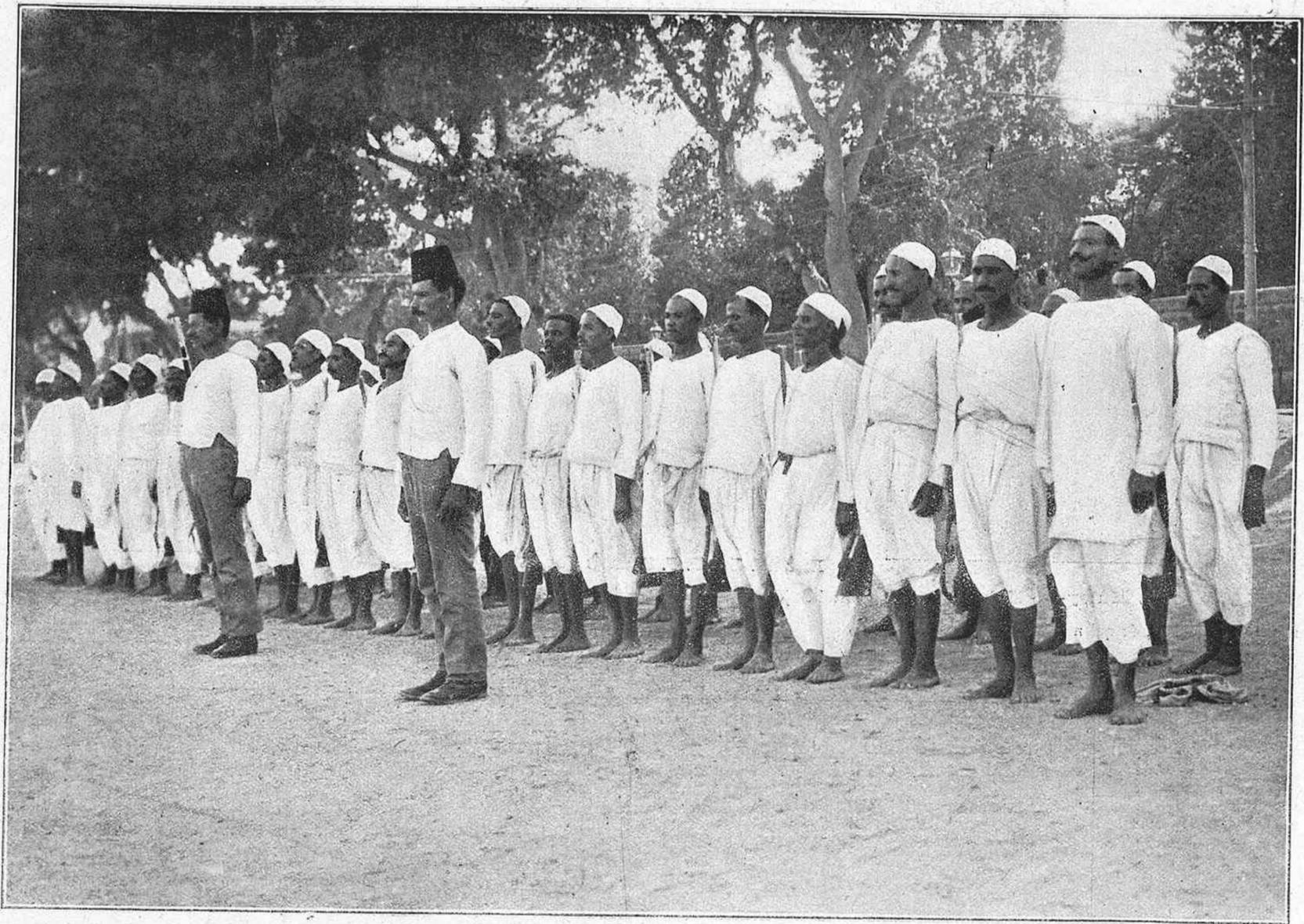
La exposición del Salón Iturriz era en extremo interesante y comprendía 43 obras de Rosales, retratos, cuadros históricos y de costumbres, bocetos y algunos estudios, entre ellos cuatro para el antes citado lienzo. En aquella exhibición pudo apreciarse la alta significación que tuvo en el arte del pasado siglo Rosales, cuya obra es el complemento y la perfecta consecuencia de la pintura española que comienza en Velázquez y continúa en Goya.

Descollaba en la exposición el cuadro titulado *Presentación del cardenal Mendoza a Doña Juana en Simancas*, una de las más admirables producciones del arte español moderno, en la que se encierran todas las perfecciones de inspiración, de dibujo, de color, de vida y de sentimiento, cualidades que se advierten también en la *Prisión de Doña Blanca de Navarra*. Ambos cuadros los reproducimos en el presente número.

Eduardo Rosales nació en Madrid el 4 de noviembre de 1836, fué alumno de la Escuela de Bellas Artes, en donde trabajó bajo la dirección de Ferrant y Madrazo, y en 1855 trasladóse a Roma, en donde vivió con grandes privaciones. En 1859 obtuvo una pensión del gobierno y en 1864 pintó *El testamento de Isabel la Católica*, cuadro al que siguieron *La despedida de Doña Blanca de Navarra*, *La presentación de Don Juan de Austria al emperador Carlos V en Yuste*, *La muerte de Lucrecia* y otros no menos notables.

En 1873 fué nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, cargo del que no pudo tomar posesión por haber muerto aquel mismo año.

## LA GUERRA EUROPEA. - EN LA PENÍNSULA DE GALÍPOLI



Reclutas egipcios recibiendo la instrucción militar. (De fotografía de Parrondo.)

En los primeros meses del año actual los aliados decidieron enviar una expedición a la península de Galípoli combinando la acción naval con la acción terrestre. A estos efectos una formidable escuadra marchó hacia los Dardanelos a fin de forzar el paso de aquel estrecho y al mismo tiempo un numeroso ejército desembarcó en aquella península.

Los propósitos de los aliados al emprender aquella operación eran marchar sobre Constantinopla y apoderarse de la capital de Turquía, dando con ello un terrible golpe a la nación otomana y a sus aliadas Alemania y Austria y Hungría, y abrir una vía de comunicación directa con Rusia por donde se hicieran llegar al imperio moscovita los recursos militares, de que parecía estar escasa y que podían proporcionarles Francia

e Inglaterra, y por donde pudiera Rusia exportar sus productos naturales que desde los comienzos de la guerra apenas habían podido salir de aquel territorio.

Las operaciones navales, comenzadas con gran ímpetu no dieron el resultado que se esperaba; los buques aliados intentaron en vano forzar el estrecho y varias unidades navales importantes se hundieron destruidas por las minas o alcanzadas por la artillería de los fuertes turcos. Cierta que algunos de éstos resultaron derruidos a consecuencia del bombardeo; pero fueron los menos importantes, y en definitiva la acción naval hubo de ser abandonada.

No han tenido más fortuna los aliados en la acción terrestre, pues, aparte de las pérdidas inmensas, por ellos mismos

confesadas, que sufrieron en los desembarcos, apenas si han logrado avanzar unos pocos kilómetros tierra adentro las fuerzas desembarcadas. De tal suerte, que hoy vemos allí reproducida la lucha de trincheras que desde hace tanto tiempo se inició en el frente francés y que aun continúa, pudiendo afirmarse que de algunos meses a esta parte no ha ocurrido allí ninguna acción importante, sosteniéndose así los aliados como los turcos en sus respectivas posiciones.

Teniendo en cuenta las condiciones climatológicas de la península de Galípoli, Francia ha enviado allí principalmente tropas coloniales, e Inglaterra numerosos contingentes egipcios, considerando estas fuerzas como las más a propósito para luchar en aquel teatro de la guerra.

**LA EMPERATRIZ EUGENIA**

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**ORINA**

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.



**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.



**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN